

## PRIMERA PARTE

### ANÁLISIS CRÍTICO DE LA CULTURA DE PAZ Y SU VIABILIDAD EN COLOMBIA

En esta primera parte de la obra se desarrollan tres capítulos principales en torno a la problemática y retos socioculturales para empoderar la paz en Colombia. Se da a conocer en términos generales la conceptualización de la *cultura de la paz*, en la cual se plantea la educación y la formación humana del profesorado como un camino seguro –no siendo el único– para desarrollar dicha cultura. Se parte del convencimiento de que una de los grandes cometidos que tiene todo educador que ha sido formado como modelo de paz es reflexionar acerca de cómo desarrollar metodologías que posibiliten el empoderamiento de una *cultura para la paz* en cada nación. Sin embargo, su viabilidad requiere del profesorado tanto de un conocimiento macro de la crisis de la humanidad misma, percibida en todo el mundo, como de las diferentes variables de índole: político, económico y cultural del entorno donde vive determinada comunidad estudiantil, para que de esta forma el análisis del quehacer de la paz sea contextualizado y entendido en un país determinado.

En ese sentido, el primer apartado del libro analizará de manera crítica la viabilidad de la *cultura de la paz* en el contexto colombiano, en el cual se esbozan específicamente diferentes problemáticas socioculturales que podrían estar impidiendo la realización de la paz, así como los grandes desafíos que tiene este país. En el subtema titulado *La crisis de la humanidad como una sintomatología de la carencia de paz*, se examina a nivel macro la tendencia del ser humano a vivir desconectado del mundo, lo cual puede generar en la población joven niveles de soledad, falta de convivencia y de solidaridad con los otros. Se plantea igualmente que el fenómeno de soledad y carencia de paz en la juventud ha sido estimulado en gran parte por la falta de control del individuo en el uso de las tecnologías modernas. Del mismo modo, se analiza el problema de la falta de lazos de solidaridad e indiferencia que tiene el ser humano por los otros y la baja responsabilidad frente al cuidado del medio ambiente, situación que contribuye a la disminución de la calidad de vida en la población en general. En esta misma perspectiva, se hace un llamado de atención a quienes lideran los proyectos de paz

en las instituciones educativas, en el papel que cumplen en la planeación, ejecución y control de metodologías de paz, tendientes a la sensibilización a temprana edad del compromiso que se tiene con el cuidado de la naturaleza, dentro de la cual el ser humano hace parte del mismo sistema.

En el capítulo I de esta primera parte del libro se avanza en la discusión de tres principales desafíos que Colombia enfrenta para empoderar la paz: 1) *deconstruir la violencia estructural*; 2) *desaprender el comportamiento agresivo*; y 3) *legitimar y favorecer la paz en la cultura colombiana*. Es importante que el profesorado conozca este marco de referencia y se apropie de él con el fin de dirigir los análisis que surjan en sus aulas en torno a la paz. De esta apropiación del conocimiento de los desafíos dependerá, en buena parte, el desempeño que estos profesionales de la educación tengan como modelo de paz con sus alumnos.

En el primer desafío, la *deconstrucción de la violencia estructural*, se plantea que este fenómeno está presente en muchos países en diferentes niveles y dimensiones, pero se enfatiza en un marco de referencia de Colombia, puesto que es en dicho escenario donde, a través del texto, se pretende dar a conocer estrategias de intervención en pro de la *cultura de la paz*.

El segundo desafío, concerniente a *desaprender el comportamiento violento del ser humano*, se ha querido analizar desde una perspectiva psicosocial, ya que todavía en algunos discursos académicos liderados por el profesorado se observa la idea conservadora de que es imposible que los comportamientos de agresión desaparezcan en el ser humano. Por ello, se han planteado los diferentes enfoques psicosociales que invalidan dicha teoría.

En el tercer desafío, *legitimar y favorecer la paz en la cultura colombiana*, se resalta que, para la transformación colombiana en aras de consolidar la paz, se necesita desarrollar habilidades académicas, tanto en la reflexión como en la acción. Posteriormente, en el capítulo II de la primera parte, se desarrolla el tema de *cultura para la paz* propiamente dicho, ya que el objetivo de la formación del profesorado como modelo de paz busca, en última instancia, empoderar a dichos profesionales en la instauración de comportamientos de paz en diferentes escenarios: personales, familiares y escolares, con el ánimo de fortalecer la verdadera *cultura de paz* en el quehacer cotidiano. Se desarrolla el tema a partir de una visión teórica de cultura y paz. El capítulo III resalta la importancia y responsabilidad de la educación en este cometido.

# Capítulo I. Problemáticas socioculturales en la realización de la paz y sus desafíos para Colombia

## *La crisis de la humanidad: sintomatología de la carencia de paz*

El distanciamiento entre las relaciones de las personas y la naturaleza misma ha aumentado los niveles de soledad y deteriorado la posibilidad de construir entre todos una sociedad donde todos tengamos los mismos derechos a vivir en armonía, paralelamente pareciera que el desarrollo de los progresos tecnológicos no ha contribuido realmente a mejorar la calidad de vida de las personas, poniendo en riesgo la convivencia pacífica en la humanidad. Podría plantearse que el ser humano cada vez está más

solo, fenómeno que obstaculiza el desarrollo de procesos de solidaridad y compromiso para vivir en sociedad. Indiscutiblemente estos fenómenos de desconexión, individualidad y uso inadecuado de las herramientas tecnológicas están poniendo en riesgo la felicidad de las personas, lo cual devela una crisis en la existencia humana que podría interpretarse como síntoma de una carencia de paz en la sociedad misma.

*Pérdidas de la conexión con el mundo*

En este apartado se desea ahora exponer el problema originado por una ruptura en las relaciones entre el individuo y los otros, lo que desencadena al mismo tiempo, una división en las relaciones grupales, incluso a nivel nacional e internacional. Siguiendo la teoría de Krishnamurti (1983) la supuesta separación del individuo con la sociedad no existe en realidad, pero sí en las mentes de muchas personas y trae consigo problemas de falta de solidaridad que en ocasiones son los causantes de crímenes y agresiones. El autor plantea que el mundo que nos rodea está fragmentado y así mismo los estamos cada uno de nosotros, el resultado es la desdicha y el sufrimiento (Krishnamurti, 1983, p. 49; 1996, p. 8). En esta misma dirección la tesis de Morín esboza que el origen de esta división se encuentra en la forma como la educación ha abordado este tema a temprana edad:

Nos enseña desde la escuela elemental a aislar los objetos (antes que reconocer sus solidaridades), a desunir los problemas, más que a unir y a integrar. Nos ordena reducir lo complejo a lo simple, es decir, a separar lo que está unido, a descomponer y a no recomponer, a eliminar todo lo que aporta desordenes o contradicciones a nuestro entendimiento (Morín, 2007, p. 16).

En el Seminario Galego (2005) se planteaba que para construir la paz el ser humano no debe concebirse como un ser separado e individual, pues eso afecta la relación con las otras personas. Al pensarse como un ser separado y aislado, está construyendo muros y fronteras que crean sobre sí mismo el miedo, la desconfianza, la ansiedad, la inseguridad y, por supuesto, formas de defensa agresiva, conflictiva y egocéntrica. En cambio, cuando una persona toma conciencia de la unidad que existe entre su 'yo' y la comunidad, en donde la naturaleza también está incluida y asimismo se percibe como un ser social, florece un 'yo interior' que se llena de amor y alegría, al que le da gusto vivir en plenitud y armonía con la sociedad. De esta manera se hace partícipe y constructor de paz, resolviendo los conflictos de la separación y la individualidad (Seminario Galego, 2005, pp. 73-74).

Al tener sensibilidad en los momentos de dolor y de felicidad del prójimo, se abre una importante puerta de solidaridad y participación mutua de sentimientos humanos. Cuando se desarrolla este enlace de cada uno con el resto del mundo, se están creando puentes de comunicación basados en el afecto, que podrían convertirse en redes humanas conectadas y comprometidas en realizar verdaderamente la paz. La pedagoga y doctorada en humanidades Martha Jalali, plantea que

Los seres humanos están unidos en su humanidad y esta unidad es definida por un todo constituido de partes que comparten una misma condición y

que a la vez, interdependen en esta condición compartida, o sea, para tener expresa su igualdad (Jalali Rabbani, 2001, p. 53).

Sin embargo, muchas personas asumen que los demás no son parte de sí mismos, ni tampoco están a un mismo nivel de igualdad y consideran que los problemas del otro no les afectan directamente. Es así como el concepto de cooperación pasa a ser algo alejado de su vida diaria. Un ser humano como individuo, es también una unidad de la sociedad y nunca se desarrolla en aislamiento, pues tiene una relación estrecha con la sociedad. Jalali (2001) amplía este concepto al expresar que “si un ser existiera solo en el mundo, sin estar asociado a otro con quien no compartiera características en común, o sea, no estuvieran unidos en un determinado nivel de existencia, este simplemente no existiría” (p. 54). Entender que todos tienen un vínculo es una idea que han desarrollado muy bien algunos autores como Krishnamurti (1983) cuando expresa que “uno es el mundo y el mundo es uno” (p. 49). Por otro lado, Morín (2007) destaca que entender que somos parte de la cultura trae consigo la misión de educar para la comprensión humana, lo que invita a enseñar la ciudadanía sobre la base del reconocimiento de una unidad antropológica, de la existencia de diversidades individuales y culturales, y del hecho de que todos los seres humanos nos enfrentamos a los mismos problemas vitales (Morín, 2007, p. 134). Esta tesis se va trabajar también en el capítulo sobre la cultura de la paz y el objetivo central de este apartado será el estudio del nivel de interdependencia que como seres vivientes tenemos con un planeta compartido por todos donde cada uno posee una individualidad que no debe degenerar en procesos de aislamiento y soledad, ni en deterioro del crecimiento personal de los otros.

Hacia esta misma dirección se debe dirigir la mirada con el fin de posicionar al individuo como un ser humano universal, que no necesita negar su singularidad, sino, enaltecerla como parte necesaria de la vida. La diferencia no implica necesariamente violencia. La existencia de la individualidad no depende de la competencia o rivalidad con los demás. Por lo tanto, el choque de los individuos desaparece una vez que se reconoce el principio de la diversidad basada en la unidad. Es así como la individualidad de cada hombre y mujer es un valor supremo en la sociedad, lo que significa que cada persona hace un aporte original para el bienestar y progreso de la sociedad en general (Khanna, 1991, p. 26).

Analizando lo anotado en el párrafo anterior, se aprecia que el reconocimiento y respeto de la individualidad es vital para el autodesarrollo y la coexistencia en comunidad, sin embargo, en muchas ocasiones la modernidad ha hecho que el individuo se incomunique y viva como una isla, en el gran océano que llamamos mundo. El investigador Vicent Martínez (2005) profundiza en el tema siguiendo a Kant, haciendo un análisis filosófico que llama la atención sobre la necesidad de fortalecer la socialibilidad del ser humano, a pesar de la inevitable insociabilidad que le es natural. Lo plantea en los siguientes términos:

Necesitamos a los otros y las otras como ocurre con los árboles del bosque que, al tratar de quitarse unos a otros aire y sol, se fuerzan a buscarlos por encima de sí mismos y de este modo crecen erguidos; mientras que aquellos otros que se dan libertad y aislamiento, extienden su ramas caprichosamente y sus troncos enanos se encorvan y retuercen.[...] estamos hechos de un material, de una madera, como un tronco de árbol que, aislado, fácilmente se retuerce [...] la cualidad del material que constituye el ser humano se dobla, en especial cuando pretendemos vivir aislados (Martínez Guzmán, 2005, pp. 82-83).

Los planteamientos que serían pertinentes analizar son: cómo continuar creciendo con la riqueza de los valores personales sin llegar a vivir en soledad ni a lesionar a los otros, sino viviendo una existencia colaborativa en la que el desarrollo individual favorezca el desarrollo grupal o social. Esto implicaría la búsqueda de relaciones humanas donde se pueda tener la posibilidad de aislarse cuando sea necesario, pero sin ser indiferentes y sin perder la relación armónica con los otros (una soledad acompañada), fenómeno que podría facilitar el manejo de conflictos surgidos por la indiferencia frente a la vida del otro. Se puede notar con frecuencia, que los problemas surgen debido a que ciertos comportamientos o actitudes humanas son defendidos como parte de la vida privada, sin reconocerse su impacto en la convivencia social. Lo anterior podría dar como resultado un mayor aislamiento de las personas, ya que se presentarían más actitudes de indiferencia, por temor a irrespetar la privacidad del otro; sin embargo, inevitablemente estos comportamientos afectarán a la sociedad a largo plazo.

Al respecto, Zygmunt Bauman (2004), anota que existe una dependencia mutua de los seres humanos:

En este planeta, todos dependemos el uno del otro, y nada de lo que hagamos o dejemos de hacer es ajeno de los demás. Desde el punto de vista ético, eso nos hace a todos responsables por cada uno de nosotros. La responsabilidad está ahí, firmemente colocada en su lugar por la red de interdependencia global, reconozcamos o no su presencia, la asumamos o no (Bauman, 2004, p. 28).

Autores como Reardon y Nordland hacen un llamado de atención sobre la creación de una conciencia global o de unidad humana. Plantean que el cimiento real de la unidad global descansa en la conciencia de una unidad espiritual subyacente. De igual forma, se plantea que cada grupo o comunidad separada, cada individuo, así sea único, es una expresión de dicha unidad espiritual. La educación hacia la unidad humana y una civilización mundial, establecerá la unidad moral, intelectual y espiritual de la humanidad como la verdadera base de la cooperación cultural internacional, de la paz, el progreso y el futuro de la comunidad mundial. La tarea de construir una comunidad mundial involucra el diseño y la adopción de un sistema de seguridad que ofrezca igual atención a todos los cuatro elementos de una seguridad humana auténtica y viable: medio ambiente, justicia, dignidad, y no violencia (Reardon y Nordland, 1994, p. 26).

En suma, se puede visualizar claramente que en estos momentos de crisis el papel del educador, llámese maestro, padre y/o madre, es primordial. Quien asuma dicho rol –como lo plantea Antanas Mockus, exalcalde de la ciudad de Bogotá, que trabajó a través de procesos pedagógicos para el fortalecimiento de la sociedad civil con el objetivo de mejorar los niveles de convivencia ciudadana–, no puede ser un educador que vea la paz como el fin de la guerra sino como un proceso a mediano y a largo plazo que desactiva las formas culturales de la violencia y construye procesos pedagógicos que nos enseñan a manejar los conflictos sin ocultarlos, reconociendo que en ellos está la clave de nuestro crecimiento y convirtiéndolos en el crisol del alma humana (Mockus, 1999, pp. 35-37).

*Los progresos tecnológicos sin control son amenazas para el desarrollo humano*

En adición a la dificultad que tiene el individuo para construir conexiones sociales que posibiliten la convivencia pacífica planteada en el anterior apartado, es relevante mencionar que los problemas humanos que ha generado la utilización de la tecnología mal direccionada por las personas. Los medios de comunicación modernos y ágiles como la radio, la televisión, el internet y los celulares, no solamente han traído conflictos en las relaciones dentro de la sociedad colombiana, sino que también han contribuido al distanciamiento en la convivencia cotidiana. Las personas ya no tienen, como antes, el mismo tipo de contacto con los demás; ahora prefieren escribir correos electrónicos a intentar tener una relación próxima con los otros, esto ha contribuido a la aparición de conflictos en las familias, ya que en muchas ocasiones los padres no tienen tiempo para comunicarse con sus hijos. El computador, la multifuncionalidad de los teléfonos y la televisión con un sinnúmero de canales, algunas veces ganan prelación frente a la comunicación en las familias. Es por esto que los individuos están perdiendo las habilidades para comunicarse cuando tienen conflictos y en los niños muchas veces se dejan de estimular las habilidades de expresión de sentimientos ante las situaciones cotidianas. Inmaculada Mercado Alonso, experta en educación ambiental, plantea en su tesis que:

Nos estamos dando cuenta de que, en realidad, la clave está en que no tenemos objetivos tecnológicos claros: lo verdaderamente importante es hacer lo que tecnológicamente sea posible, sin prever cuáles serán las consecuencias sociales, políticas, económicas, ambientales. Sin contemplar, casi siempre desde ningún punto de vista, cuáles son las auténticas demandas sociales, [...] esto ha determinado que la creación de esta tecnología se escape de nuestro propio control y se convierta en un arma de destrucción (1994, p. 53).

Antanas Mockus expresaba que en ocasiones el problema es generado por la rapidez con que el mundo se mueve y la diversidad de la información, lo que hace que se olvide que la paz se construye y debe ser propiciada por los contextos de acción de los seres humanos en sus relaciones generales y cotidianas (Mockus, 1999, pp. 35-37).

En Italia, por ejemplo, se está presentando un fenómeno que preocupa mucho a la sociedad, el llamado síndrome de *lolita* y *los latin lovers*: son niñas y niños que están despertando su sexualidad a muy temprana edad. Anna Oliverio Ferraris, autora de un trabajo sobre este síndrome, explica que los hijos están creciendo muy rápido, ya que hay una influencia grande de los contenidos con mensajes sexuales que llegan a ellos desde su tierna infancia; a partir de esto, los niños se están convirtiendo en seres autómatas que repiten gestos y actitudes de los adultos que los rodean o de los medios de comunicación, sin saber su real significado. El Observatorio de Pavía, instituto que hace investigación y análisis de la comunicación, “calculó que en un año, un niño italiano es alcanzado por un promedio de 33.000 mensajes publicitarios a través de la televisión. Muchos de ellos con marcado carácter sexual” (Pique, 2008, pp. 1-16). Lo que más preocupa es que en muchas familias los padres enseñan a sus hijos que para poder sobrevivir es importante la competición y la lucha, y estos mensajes refuerzan contenidos de violencia a través de medios masivos de comunicación como el internet, la televisión y los video juegos. Los jóvenes aprenden que los medios más eficientes para sobrevivir y ser aceptados socialmente son obtener poder, competir y obtener ganancia económica (Danesh, 2006, p. 57). En un seminario realizado en Galicia en el año 2005, se llegó a conclusiones similares:

Los medios de comunicación, la prensa, los videojuegos, los dibujos animados [...]educan, aunque en muchas casos, como sabemos, son también agentes transmisores de contravalores y de la violencia más variada: violencia directa, violencia de género, sexismo, discriminación, toma de justicia por la propia mano, linchamiento social [...] violencia verbal, gestual, insultos, menosprecios, amenazas [...] o incluso la muerte en directo (Seminario Galego, 2005, p. 129).

Por otra parte, la televisión no discrimina la información que imparte a los diferentes televidentes. Es así como los secretos acerca de la vida sexual, el dinero, la violencia, la muerte y las enfermedades –que anteriormente se encubrían y se iban revelando progresivamente al niño cuando se consideraba que estaba en condiciones de acceder a ese conocimiento–, ahora se revelan de forma directa. En países como España, según la investigación realizada por el Gabinete de Estudios de Comunicación Audiovisual, los niños dedican tres a cuatro horas diarias a ver televisión, de ellos 31% la ven solos y 13% tienen televisor en su habitación (Meza Sánchez, 2002, p. 210).

Actualmente la Revolución Tecnológica excita cambios en todas las esferas de la vida (familia, amigos, ocio, etc.). Estas transformaciones se caracterizan por fuertes contradicciones y paradojas, entre ellas, la dificultad de comprender lo que sucede en el mundo, ya que se recibe una gran cantidad de información y la eliminación de



las barreras espaciales en la comunicación, de cara a un riesgo cada vez mayor de aislamiento y exclusión social (Díaz Aguado, 2002, p. 56).

En contraposición al *tecnologismo* del siglo XX, despojado de toda crítica, emerge el punto de vista según el cual la tecnología no siempre es positiva para las relaciones humanas. Es indispensable desarrollar ciertos programas que enseñen a las nuevas generaciones cómo aplicar las nuevas tecnologías –cada vez más sofisticadas– para privilegiar la paz y no la guerra o la violencia. Muchas personas han comenzado a pensar que la única forma de salvar el futuro de los niños y la humanidad en general y salvar el planeta, es a través de cambios tanto a nivel personal como educativo y estatal.

Uno de los conceptos de infancia surge en relación con las transformaciones de la Revolución Industrial, a partir de la cual se reconoce aquella como una etapa cualitativamente distinta a la edad adulta; por ello, se hace necesaria la protección de la niñez, separándola del mundo de los adultos y especialmente, de su violencia. Los cambios actuales originados a partir de una revolución tecnológica sin control ni seguimiento han obstaculizado la protección de la infancia y la juventud, frente a la exposición a diferentes tipos de violencia de que son víctimas. Estas nuevas interacciones han cambiado la relación adulto-niño, y han modificado las representaciones mentales sobre la niñez; incluso se ha llegado a plantear la denominada desaparición de la niñez. En algunos casos de violencia protagonizados en los últimos años por niños y adolescentes y que han sido ampliamente divulgados por los medios de comunicación, se refleja la reproducción de guiones imposibles de concebir en dichas edades, cargados de un sinnúmero de símbolos violentos (Díaz Aguado, 2002, p. 57).

En algunos hogares de Colombia la falta de supervisión frente al uso del computador y la televisión entre la población joven, ha producido serios problemas de salud física y mental, entre ellos, se pueden mencionar desórdenes alimenticios como la obesidad, anorexia y bulimia. Según estudios realizados por el médico Luis Alberto Ángel de la Universidad Nacional de Colombia, de un grupo de 200 estudiantes, 0,5% de los bogotanos de 16 a 25 años sufren de anorexia y 2,6% de bulimia, asimismo ocho de cada diez estudiantes están en riesgo de padecer enfermedades alimenticias (Fernández y Perilla, 2008, pp. 1-2). De igual forma, el estudio examina cómo en cientos de páginas web se enseñan técnicas para no alimentarse, a través de mensajes como “Si no estás delgada, no eres atractiva” o “Todo lo que me alimenta me destruye”. Sin embargo, este problema no se da solo en Colombia; la misma publicación revela un estudio hecho por la Escuela de Medicina de la Universidad de Stanford y el Hospital de Niños de Lucile Packard, donde se encontró que uno de cada tres niños o adolescentes estadounidenses afectados por los problemas de bulimia y anorexia aprenden esto en internet (Fernández y Perilla, 2008, pp. 1-2).

A los problemas de alimentación se suman las dificultades de interacción social, como en el caso del fenómeno de la soledad y el aislamiento incentivados por estas tecnologías que están desplazando posibilidades de interacción personal con los demás. En muchas ocasiones esta atracción de la tecnología ha disminuido la calidad de vida de las familias colombianas durante el poco tiempo disponible que tienen los padres para compartir en los hogares con sus hijos. En otros países como Corea del Sur, existen 210,000 niños que padecen de adicción a internet y necesitan tratamiento médico, de los cuales 80% requiere tomar medicamentos y 25% necesita atención hospitalaria (*El Tiempo*, 2008a, pp. 1-9). Es por ello que las entidades de salud en todo el mundo están preocupados por dicho mal en la sociedad y han propuesto que esta adicción a internet sea catalogada como una enfermedad mental, ya que el uso excesivo de esta tecnología puede llevar a una pérdida del sentido del tiempo, al igual que aumenta la susceptibilidad a sufrir de ira, tensión y depresión cuando no se tiene acceso a un computador. De la misma manera, dichas personas tienden a presentar problemas de comportamiento tales como una tendencia a mentir, al aislamiento social, la fatiga y la imposibilidad de cumplir metas asignadas (*El Tiempo*, 2008a, pp. 1-9).

En el mes de octubre de 2009 apareció un artículo en el periódico *El Tiempo* en el que la autora planteaba la soledad como una pandemia. A continuación se retoma parte de su contenido:

[...] desde finales del siglo XX, las ciudades de todo el mundo comenzaron a llenarse de solitarios [...] y el contacto físico se redujo a Internet [...] los novios comenzaron a hablarse o enamorarse por mail y compartir sus alegrías con los amigos por facebook. La tecnología alteró las relaciones sociales en todas partes del planeta [...] los niños crecen en soledad, que conviven irónicamente con los avances más sofisticados de la tecnología. En todos los estratos sociales y por diferentes razones, la crianza es un proceso solitario [...] muchos enfrentan problemas de depresión en la primera infancia debido precisamente a la soledad (Rey, 2009, p. 18).

Esta tesis se ve reconfirmada en una investigación titulada “Creencias y comportamientos de la juventud en Colombia”, realizada por la organización *One Hope*, con el apoyo del Ministerio de Educación y practicada a 3668 jóvenes con edades entre los 13 y 18 años y pertenecientes a centros educativos urbanos y rurales de las principales ciudades de Colombia. La investigación reveló que 70% de los jóvenes consultados, no pasa más de una hora a la semana con el papá o la mamá. También se encontró que 70% de los encuestados piensa que infringir la ley está bien; 24% había tenido ideas suicidas y 16% había intentado consumarlas (*El Tiempo*, 2009b, pp. 1-5). Según la psicóloga Gloria García, quien coordinó el estudio, los resultados indican que los jóvenes no están viendo a los adultos como sus orientadores, lo cual está conduciendo a diversos problemas, pues ellos tienen demasiada libertad y se están viendo expuestos a mucha información a través de los

diferentes medios de comunicación; situación que unida a la soledad, posibilita la aparición de pensamientos suicidas y otros comportamientos peligrosos. La psicóloga considera que el origen consiste en la carencia de modelos de vida, generada por la falta de tiempo de los padres para estar con sus hijos (*El Tiempo*, 2009b, pp. 1-5).

Los anteriores resultados invitan a replantear la importancia de mejorar las estrategias de educación con un sentido crítico, tanto en las familias como en las instituciones, que tiendan a lograr una formación en valores de paz, aunque los avances tecnológicos sean inminentes y no estén contribuyendo con la felicidad de las personas. Autores como Díaz Aguado (2002), plantean que una de las tareas educativas de este siglo, es inventar nuevas barreras que protejan a los niños y adolescentes de este nuevo riesgo de exposición a la violencia, o que eviten que la tecnología los utilice para estos fines (Díaz Aguado, 2002, p. 57).

### *El individuo y sus problemas con la naturaleza*

En la parte final de este acápite dedicado al análisis de algunos problemas que están contribuyendo a la crisis de la humanidad y que dificultan la coexistencia en paz con el mundo, se desea ahora exponer la crisis que en materia ambiental se percibe en el mundo en general, la cual exige un cambio urgente en la forma de pensar con el ánimo de proponer nuevas formas de vida que logren desviar el rumbo que está conduciendo al deterioro del sistema medio ambiental. Los educadores modernos insisten en que la educación debe ser relevante en nuestra época y propugnan por la adopción de innovaciones que puedan delinear nuevas maneras de superar los problemas que obstaculizan la coexistencia equilibrada del ser humano con la naturaleza. Existe una confianza en que se podrá adoptar todas las metodologías posibles, tendientes a entrenar la mente humana y orientarla hacia la paz y la convivencia armoniosa (Khanna, 1991, p. 1), tanto entre los seres humanos como con la naturaleza en general.

Actualmente se percibe que el *progreso* ha traído muchos problemas a la humanidad y el individuo no sabe cómo manejarlo, convirtiéndose en prisionero de las propias invenciones. Poseemos una tecnología sin control y este hecho está proporcionando a los individuos y grupos un tremendo poder de destrucción sobre los otros y sobre el sistema ecológico. Asimismo, se observa cómo los individuos y también las empresas sobreestiman la eficiencia en su propio sector, soslayando lo que verdaderamente le sirve a la sociedad y a la naturaleza en general.

Sobre este tema se pueden citar diferentes ejemplos, como el de la producción de máquinas colosales capaces de reconfigurar paisajes enteros, que tardaron miles de años en formarse, usando para ello enormes cantidades de productos químicos nocivos en vastas áreas geográficas, capaces de destruir tierras, ríos y mares, recursos que no podrán ser disfrutados por las generaciones futuras. Existen otros ejemplos

como el caso de los materiales radiactivos y químicos dañinos que envenenan el suelo y destruyen la capa de ozono (Reardon y Nordland, 1994, pp. 10-17; Marquardt, 2003, p. 479; Fry, 2006, pp. 247-255). El accidente de Chernobyl, la desertificación de África y la destrucción de la selva lluviosa del Amazonas son desastres causados por personas que poseen el poder de usar las herramientas de la tecnología, sin haber desarrollado una conciencia colectiva, ni haber asumido una responsabilidad con los otros y con el medio ambiente en general (Reardon y Nordland, 1994, pp. 10-17).

The creation of peace is one of the great human problems. Since the advent of organised society, human beings have prayed for, dreamed about, and strive to achieve peace. In recent years human warlike propensities have reached new heights. Large majorities of the populations of the most technologically advanced countries in the world are held hostage by nuclear stockpiles (Harris, 1988, p. 5)<sup>1</sup>.

Es importante incorporar un nuevo modo de educación que combine la adquisición de conocimientos y el avance en metodologías pedagógicas, que les permitan a las personas entender lo que realmente significa la conciencia y la responsabilidad en la protección de los derechos universales; y de una manera muy especial, lo que tiene que ver con la educación en el fomento de la responsabilidad ecológica. Sábato (2004) llama la atención sobre la necesidad urgente de enseñar en las instituciones educativas, que vivimos en una tierra que debemos cuidar, porque “dependemos del aire, de los árboles, de los pájaros y de todos los seres vivientes, y cualquier daño que hagamos a este universo grandioso perjudicará la vida futura y puede llegar a destruirla (Sábato, 2004, pp. 78-79).

Gradually we are starting to look for new modes of education that benefit health of human beings and health of the planet as a whole. We have started to understand that human beings, with their needs and desires must be recognised as an integral part of all life on Earth (Reardon y y Nordland, 1994, p. 10).

Por esto es de vital importancia inculcar en la población de niños y jóvenes, un sentido de conexión con la naturaleza, enfatizando en que cada uno debe verse a sí mismos como parte de ella; de esta manera es nuestra responsabilidad hacer claridad sobre el hecho de que cualquier comportamiento del individuo, a pesar de buscar la satisfacción de necesidades personales, no otorga derechos para destruir la convivencia con los otros y con el medio ambiente.

En cuanto a las iniciativas en pro de la ecología, Latinoamérica ha tenido progresos no tan lejanos como en Europa. Es así como desde 1979 Colombia inició con una legislación enfocada en *medidas* sanitarias y esta fue expedida solo siete

---

<sup>1</sup> Se quiere precisar, que a lo largo de la tesis, no se traducirán las citas literales del inglés al castellano por considerarse el inglés una lengua de comunicación habitual en el ámbito académico universitario y de investigación.

años después que su homóloga en Alemania (Marquardt, 2009c, p. 237). Marquardt plantea que en Latinoamérica se ha evitado la sobre-motorización social, es decir que en países como Chile, existe un automóvil por cada seis habitantes, en Colombia por cada nueve y en el Perú por cada 21, mientras que en Alemania existe uno por cada 1.5 habitantes. Este investigador alemán, profesor de la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá, describe este fenómeno en términos ecológicos como “una ventaja de sostenibilidad del sistema de tránsito hispanoamericano” (Marquardt, 2009c, pp. 239-240).

Vale la pena citar el ejemplo de la ciudad de Bogotá que ha avanzado en consolidar una forma de transporte masivo a través del uso de bicicletas, para lo cual ha invertido en la construcción de una ciclorruta por toda la ciudad como medio para garantizar la movilidad y, de esta forma, aliviar problemas de contaminación del aire. Podría igualmente pensarse que las ventajas asociadas a un mayor poder adquisitivo en países desarrollados como Alemania, no necesariamente están contribuyendo al fortalecimiento de las responsabilidades que exige la consolidación de la paz, mientras que países en Latinoamérica, al no contar con una buena capacidad adquisitiva y por ende de consumo, están contribuyendo de forma indirecta con el compromiso ambiental.

Existen también proyectos en Colombia que han ayudado a pensar más en términos de paz y naturaleza, tal es el caso de aquel que crea una restricción para la circulación de vehículos particulares dos veces a la semana, conocida como *pico y placa*. Esta medida ha contribuido a la disminución de la contaminación ambiental. En esta misma dirección, el Estado colombiano exige a los vehículos el pago de peajes muy costosos cuando transitan fuera de las ciudades. Marquardt (2009), afirma que en Europa no han existido este tipo de normas o, por lo menos, no han tenido efectos masivos, mientras que en países como Colombia, estas medidas han promovido un consumo más bajo de energía fósil, y por lo tanto, una menor contaminación y, correlativamente, una mejor circulación de los vehículos (Marquardt, 2009c, p. 240). El autor citado plantea que:

De igual forma desde hace un par de años, se ha implementado la prohibición del consumo de cigarrillo en lugares públicos, y se han normalizado y controlado cada año, los gases de los autos para evitar la contaminación ambiental. En la ciudad de Bogotá, por ejemplo, se ha trabajado mucho en mejorar el sistema de recolección de basuras, observándose una ciudad relativamente limpia: «Entre las políticas notables, puede mencionarse, a partir de 1977, la declaración de los Cerros Orientales de Bogotá que se comprobó en su núcleo exitoso y conservó el perfil de una ciudad flanqueada por montañas verdes (Marquardt, 2009c, p. 247).

A pesar de los avances liderados por el Estado frente al compromiso por lograr un medio ambiente sano, es importante trabajar de manera ardua hacia una cooperación ecológica que estimule a los seres humanos a aprender los valores del compromiso y

la responsabilidad, hacia la búsqueda de conocimientos y prácticas que contribuyan en la consolidación de una ecología global. Se podría recalcar que tanto en las escuelas como en los hogares, debe estimularse desde temprana edad una conciencia ecológica. Algunos profesores y profesoras de las escuelas en Colombia están incorporando el tema de la naturaleza a lo largo de todo el año escolar y no como anteriormente ocurría: tan solo una semana del año con el nombre de *semana verde*. Desafortunadamente no son mayoría quienes tienen el deseo de liderar programas de esta naturaleza en las aulas.

Se requiere aprender y enseñar nuevamente, que cada uno forma parte de la maravillosa naturaleza, y que los animales y las plantas son partes esenciales del ecosistema. Los seres humanos deben aprender a integrarse con todo el universo, a coexistir con plantas y animales en un planeta más equilibrado y sano (Bundesamt, 2002; Mcneill, 2002, p. 260; Reardon y Nordland, 1994, p. 14). En la sociedad colombiana es necesario recuperar esta clase de conocimiento a través de la educación formal suministrada desde la infancia y la juventud, de lo contrario, no se podrá superar esta crisis de la humanidad. También es viable trabajar a través de la educación no formal, por ejemplo, desde la iglesia, ya que aún en estos lugares se concentra una gran población que asiste a los servicios religiosos de los días domingos.

Algunos sacerdotes de la religión católica en Bogotá están haciendo buenos intentos por integrar –a la luz de la Biblia– algunos problemas ecológicos. En una ceremonia religiosa en el mes de noviembre de 2009 en una iglesia, el sacerdote interpretó el texto del Apocalipsis con relación al fin del mundo, en los siguientes términos: “hermanos y hermanas, el fin del mundo nosotros lo estamos acelerando, ya que no cuidamos el agua, los árboles y botamos la basura a las calles; así que estamos matando toda una generación de vidas que aún no han nacido”. Este liderazgo positivo de algunos ministros de la iglesia debe ser reconocido porque también está formando personas. Esta tesis se puede ver claramente en el siguiente ejemplo, al finalizar el encuentro religioso un niño de siete años dijo a su madre: “mamá, yo le diré a mis compañeros de clase mañana, que si siguen tirando las basuras al piso no podremos respirar más y todos moriremos”.

Para terminar este apartado, se quiere expresar una coincidencia teórica con un investigador, de la Universidad de Granada (España), citado a continuación, en cuanto a la necesidad de despertar en los estudiantes la conciencia sensorial como un medio eficaz de responsabilizar a la juventud con el cuidado de la naturaleza. Esta metodología busca enseñar

[la] unión del ser humano con su medio natural, de eliminar la sensación de sentirse desligado, no ubicado, no comprometido con el medioambiente, al experimentar una relación afectiva, de empatía, de amistad, de hermandad, incluso de fusión con la naturaleza (Fernández Herrería, 2007, p. 11).

Estas iniciativas pedagógicas obedecen en parte a la preocupación planteada en la *Carta de la Tierra*, en cuanto a que el creciente progreso de la humanidad no es sostenible y es necesario que todas las personas asuman una responsabilidad con el cuidado de la naturaleza en busca del bienestar de todos los seres humanos y del planeta (Fernández Herrería y Carmona Orantes, 2010, pp. 107-118).

De manera más concreta, la *Carta de la Tierra* es planteada “como una declaración de principios éticos fundamentales, como un código universal de conducta para la construcción de una sociedad global, justa, sostenible y pacífica” (Fernández Herrería y Conde Caveda, 2010, p. 39). Estos investigadores proponen impulsar la *ecopedagogía* en las instituciones educativas, es decir, educar a las personas para que se sientan parte de la tierra y el cosmos y de esta forma promover una co-responsabilidad consigo mismo, con los demás y con el planeta en general (Fernández Herrería y Conde Caveda, 2010, pp. 41-44).

### ***Principales desafíos para Colombia***

Sería imposible en esta tesis abordar todos los desafíos que tiene Colombia para la construcción de la paz, sin embargo, en este acápite se quieren mencionar tres grandes desafíos: el primero, referido a la violencia estructural; el segundo, desaprender el comportamiento agresivo; y el tercero, legitimar y favorecer la paz en la cultura colombiana. Todas estas reflexiones han sido producto de este proyecto de doctorado y se ven constantemente alimentadas desde las prácticas psicosociales y las vivencias que ha tenido la autora en su país de origen.

#### *Primer desafío: deconstruir la violencia estructural*

Como se se mencionará a lo largo del capítulo, uno de los grandes obstáculos para realizar o poner en práctica de la paz y construir una verdadera *cultura de la paz*, es el conocido fenómeno de *violencia estructural*, cuya elaboración teórica ha sido desarrollada por el sociólogo noruego Johan Galtung (Galtung, 1981, pp. 91-106). Este fenómeno está presente en muchos países en diferentes niveles y dimensiones y en la siguiente parte de este capítulo, se hablará de él en el marco de referencia de Colombia, puesto que es en este escenario en el que la investigación pretende desarrollar estrategias de intervención.

Según Johan Galtung, esta forma de violencia es el resultado de sistemas económicos políticos y sociales inadecuados en el mundo. A partir de los aportes del autor en las investigaciones en el campo de los estudios de paz, se ha vuelto necesaria la inclusión

de los conceptos de paz positiva y violencia estructural, con el ánimo de comprender mejor las causas de la violencia y proponer estrategias integrales para un adecuado desarrollo socioeconómico que favorezca la paz sostenible en el planeta (Galtung, 1981, pp. 91-106; Galtung, 2003; Dugan y Carey, 1996, p. 83). Algunos autores están de acuerdo con la tesis de Galtung que plantea que la violencia estructural es el tipo de violencia que más afecta el desarrollo de una sociedad, comprende estructuras económicas desiguales, injusticias (Jares, 2001, p. 122), diversas formas de exclusión, pobreza, represión, opresión y alienación (Fisas, 2002, pp. 67-69).

Ya desde 1975, Galtung hace un análisis de los indicadores de valores y sus antónimos derivados de unas condiciones sociales negativas. Dicho estudio hizo parte del Programa de Indicadores Mundiales *World Indicators Program* (WIP) de la cátedra de investigación de conflictos y paz de la Universidad de Oslo. Esta publicación es importante porque aportó variables sociales que dan una mayor confiabilidad a los indicadores de desarrollo económico de los países (Lawler, 1995, p. 136). Los diez valores y sus antónimos descritos por el autor son:

1. Crecimiento personal - Alienación
2. Diversidad - Uniformidad
3. Crecimiento socio-económico - Pobreza
4. Igualdad - Desigualdad
5. Justicia social - Injusticia social
6. Equidad - Explotación
7. Autonomía - Penetración (dependencia)
8. Solidaridad - Fragmentación
9. Participación - Marginalización
10. Equilibrio ecológico - Desequilibrio ecológico

De acuerdo con esta teoría, en Colombia existen grandes dificultades en el compromiso con la consecución de una paz positiva debido a que las estructuras sociales violentas se encuentran inmersas en los sistemas de vida. Los antónimos de desarrollo que tiene Colombia no aportan a la consecución de una paz positiva. Existen muchos barrios pobres que carecen de servicios de salud y, en general, para ellos no hay satisfacción de las necesidades básicas. Así que la teoría acerca de la satisfacción de todo el espectro de necesidades humanas como indicador de la consecución de paz positiva –condición en la cual la autorrealización individual se vuelve verdaderamente posible– se hace cada vez más difícil de practicar en muchos sectores de Colombia.

Los problemas de violencia percibidos en Colombia obstaculizan el desarrollo socioeconómico de este país, lo que a su vez nutre los antónimos de desarrollo y violencia estructural expuestos por Galtung en los parágrafos anteriores. De acuerdo



con Mauricio Rubio, un economista colombiano, el costo del crimen representa para Colombia aproximadamente seis billones de pesos colombianos por año. Dado que la inversión de Colombia para defenderse contra este problema es de dos billones de pesos por año, el crimen es el mejor negocio para los grupos violentos, como la guerrilla, los paramilitares, la delincuencia común, las fuerzas armadas oficiales, los grandes terratenientes (hacendados) y los narcotraficantes (Rubio, 1997). Sin embargo, el sociólogo Eduardo Pizarro León Gómez (2004) plantea que se deben considerar tres tipos de costos de la violencia en Colombia: los directos, que comprenden la destrucción tanto del capital físico como del humano y de los recursos naturales; a diferencia de estos costos –que no son muy difíciles de estimar– se encuentran los indirectos, los cuales no pueden ser calculados con facilidad, por ejemplo, el debilitamiento del Estado y el deterioro del capital social. En un ambiente de incertidumbre, se disminuye la inversión privada, lo cual afecta la actividad económica de un país. El último tipo de costos que impide el crecimiento económico es el que se deriva de la obtención ilegal de recursos para financiar el conflicto armado interno por parte de los grupos guerrilleros a través de delitos como el secuestro y la extorsión, entre otros (Pizarro León Gómez, 2004, p. 248).

Por lo tanto, resulta muchas veces más rentable para ciertos grupos violentos, trabajar en este tipo de actividades ilícitas que hacerlo en trabajos lícitos donde las opciones de empleo son muy bajas. En algunas ciudades colombianas como Medellín, se ha dejado a muchos jóvenes como legado del narcotráfico, la idea del dinero fácil, lo cual ha promovido –como lo plantea el filósofo Oscar Mejía Quintana, profesor de la Universidad Nacional de Colombia– “[...] una cultura del atajo y del rebusque a cualquier precio que termina siendo práctica social en nuestro contexto y que incluso, adquiere rango normativo en la voz populi colombiana” (Mejía Quintana, 2010, p. 55). El mismo autor esboza que:

La presencia de lo mafioso no solo en la realidad sino en el imaginario colombiano es de una contundencia inocultable. Sus prácticas cotidianas, sus referentes simbólicos, su imaginario social, su identidad nacional gravitan y se define desde la cultura mafiosa y el culto a lo mafioso que las grandes mayorías ya reivindican sin remordimientos (Mejía Quintana, 2010, p. 65).

Asimismo, Eduardo Pizarro León Gómez anota que “el acrecentamiento del tráfico de drogas ilícitas en Colombia, ha sido un factor clave en el aumento de la tasa de homicidios, del secuestro y otras prácticas criminales en el país, durante las dos últimas décadas” (Pizarro León Gómez, 2004, pp. 242-253). Este fenómeno se observa en las empresas comerciales del sector de la costa Atlántica, donde los grupos violentos aún recogen comisiones o impuestos ilícitos llamados vacunas, que exigen a cambio de proveer seguridad para estos negocios. Si la gente se resiste a pagar tales vacunas, tanto ellos como sus empleados se ven sometidos a continuas amenazas. Por otro lado, varias compañías nacionales y extranjeras tienen contactos indirectos

con los grupos por fuera de la ley, pues piensan que necesitan comprar protección privada (Nelson, 2002, p. 98). En estos casos el gobierno no ofrece total garantía de protección a los propietarios. Como bien se puede concluir, estos dineros que pagan las personas también están promoviendo de una u otra forma la violencia y perpetúan la violencia estructural.

Adicionalmente la desigual estructura socioeconómica de la sociedad colombiana ha servido de caldo de cultivo al narcotráfico, que ha logrado aprovechar la vulnerabilidad socio-económica de las personas de estratos marginados, al mejorar a corto plazo sus ingresos. Algunos estudios dicen que esta situación estimula el crimen. De acuerdo con la Policía Nacional de Colombia, en 1991 hubo un pico de violencia en el país que alcanzó una tasa de 79 homicidios por cada 100.000 habitantes (Bello Montes, 2008, pp. 79-82). Una de las ciudades más afectadas en esa época fue Medellín<sup>2</sup> (Ardila Rey, 2003, p. 47). Localizada al noroccidente del país, con una población de 2 millones de habitantes y un dramático crecimiento urbano, en ese año Medellín tuvo una tasa de 300 homicidios por cada 100.000 habitantes.

La autora de esta investigación tuvo la oportunidad de trabajar en temas de paz en algunas áreas pobres de Medellín con dos grupos diferentes en el sector de Santa Cruz, una de las áreas más violentas de la ciudad. Posteriormente se detallará cómo se convive en estas zonas y se describirán, a grandes rasgos, las condiciones de vida de sus habitantes, tanto al nivel del grupo familiar, como al nivel social. Entender estas circunstancias es muy importante para saber cómo trabajar para la paz en estas comunidades específicas y entender con mayor certeza por qué algunos individuos tienen dificultades para encontrar una paz positiva en su vida diaria. Este conocimiento puede aportar a la construcción de múltiples culturas de paz que atiendan las particularidades socio-económicas, políticas y culturales de cada región; por lo tanto, la cultura de paz no debe desconocer la historia y limitaciones reales de cada población (Tunnermann, 1996, p. 2). Entre algunas de las características relevantes encontradas en estos sectores de la ciudad, se pueden mencionar las siguientes:<sup>3</sup>

La mayoría de los habitantes tenían un miembro de la familia que murió a causa de la violencia directa. De igual forma, algunos individuos murieron durante la época en que el narcotráfico estaba en su apogeo. Los individuos se involucraron en las actividades ilegales aproximadamente hacia 1992, durante un periodo caracterizado por el auge de la violencia como se mencionó anteriormente. Los narcotraficantes pagaban un millón de pesos colombianos por asesinar a cualquier policía que transitara por las calles, esto incrementó sustancialmente los índices de violencia en Colombia. Este tipo de acciones delincuenciales fue promovido entre jóvenes que deseaban a

---

2 Es una de las ciudades más violentas de Colombia, se encuentra un gran número de niños desplazados de la violencia y en situaciones económicas muy bajas, puede revisarse: *The effects of War and Violence on Children's Moral Reasoning* en Ardila Rey (2003).

3 Esta información fue encontrada en el año 2000, actualmente los problemas socioculturales son diferentes.

toda costa tener éxito económico a la mayor brevedad. Como consecuencia, dichos jóvenes no desarrollaron otras capacidades para la supervivencia, con lo cual se explica por qué muchos adolescentes se encuentran trabajando para organizaciones paramilitares y de delincuencia común.

Estadísticas históricas de reclutamiento de menores indican que el grupo armado ilegal denominado las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) es el que más menores ha reclutado en el país. Se calculó hace unos años que el número de niños en la guerra ascendería a 11.000. De las AUC (Autodefensas Unidas de Colombia) se han desvinculado 1.039 niños desde 1999 (*El Tiempo*, 2008b, p. 12). En la misma investigación se dio a conocer que en el Instituto Central de Bienestar Familiar se registraron 450 menores de edad reinsertados como consecuencia del proceso de Paz llevado a cabo con los grupos paramilitares (AUC). Sin embargo, las cifras de algunas ONG y de la Procuraduría General de la Nación aseguran que fueron de 2.000 a 3.000 menores (*El Tiempo*, 2008b, p. 12). Algunas de las características de violencia que se percibieron en este grupo de niños y jóvenes reinsertados fueron las siguientes:

- Seis de cada diez menores, según la Defensoría del Pueblo, afirmaron tener algún familiar en un grupo armado.
- Un 15% de las niñas y 2% de los niños testificaron que ingresaron a las filas por violencia en sus casas.
- Nueve de cada diez niños estaban escolarizados antes de integrarse a un grupo armado y estaban entre los 15 y los 18 años, tres dejaron las aulas por entrar a la guerra y uno de cada diez lo hizo por falta de dinero en sus casas.
- Un 25% aseguró que fueron víctimas de abuso sexual, mientras un dos por ciento dijo que tuvo que violar a otro compañero (*El Tiempo*, 2008b, p. 12).

Es importante aclarar que estos datos son de un grupo muy específico, con experiencias particulares de violencia. Sin embargo, pueden dar una idea de la vulnerabilidad en que se encuentra dicha población al integrarse de nuevo a la sociedad civil y a pesar de que no se pueden generalizar a toda la población de jóvenes del país, no se deben subestimar, por el contrario, se debe hacer una reflexión crítica en la que se resalte que esta realidad existe en la sociedad y forma parte de la violencia estructural propiamente dicha.

Del mismo modo, si se continúa analizando la violencia en los suburbios (zonas deprimidas), se encuentra una gran deficiencia en su control, debido a que la tasa de desempleo continúa siendo alta y no existe un sistema de seguridad social para estas poblaciones. Las personas se sienten motivadas muchas veces a trabajar con estos grupos criminales para poder sobrevivir y lo asumen como si fuera su profesión.

Otra razón que promueve la formación de bandas de criminales y violencia directa reside en el hecho de que el gobierno no puede garantizar la seguridad en estas áreas. En el primer semestre de 1998, en una de las áreas de Medellín, la de Santa Cruz, 60 niños con edades entre 12 y 19 años fueron asesinados y datos recientes dicen que ese año se asesinaron a 150 personas, 200 por ciento más que en el mismo periodo del año pasado (Builes, 2009, p. 53).

Se percibía en muchos jóvenes de estas áreas, problemas psicológicos y algunos estudiantes no asistían regularmente a la escuela, pues tenían a la violencia y se sentían más seguros en sus casas cuando los conflictos entre bandas estaban en un punto de máxima tensión. Era común escuchar en las escuelas que los jóvenes no poseían ninguna motivación para seguir viviendo, se deprimían y tenían intenciones suicidas. De acuerdo a estudios recientes sobre este mismo tema, se puede confirmar que las condiciones aún no han mejorado. Así lo expresa el siguiente análisis extraído de la revista *Semana* del mes de agosto del año 2009:

Hay razones de sobra para que a los niños se les estén acabando las ganas de estudiar. Aunque nadie tiene el consolidado de cuántos alumnos han desertado por hechos relacionados con la violencia en Medellín, la directora de la escuela de San Martín localizada en una de las comunas de la ciudad, dice que en los últimos cuatro meses 100 niños se han retirado porque sus papás han sido amenazados o asesinados, o porque ya no hay nadie que los lleve a la escuela o porque decidieron entrar a un combo. Y si se suman los alumnos de las otras escuelas y los colegios que conforman la institución La Esperanza (a la cual pertenece San Martín), la cifra de desertores llegan hasta 400 estudiantes (Builes, 2009, p. 55).

En estos grupos se percibía una visión negativa del futuro. La mayoría de las familias residían en espacios en donde no tenían privacidad para hablar de sus problemas, pues se trataba de espacios pequeños que en ocasiones facilitaban el aumento de los conflictos familiares. De igual forma, existían algunas normas sociales que ‘ayudaban a la convivencia’, entre ellas la *Ley del silencio*, según la cual, de llegar a ser testigos de algún conflicto entre bandas, debían guardar silencio, pues de otra forma tendrían problemas de seguridad. En la actualidad sectores como estos cambian sus normas de convivencia, por ejemplo, cuatro meses antes de ser publicado el artículo tenían la orden: dejar las puertas semi-abiertas durante el día y parte de la noche para que los pillos pudieran entrar y refugiarse en caso de un enfrentamiento o una persecución de la Policía (Builes, 2009, p. 53). De igual forma afloraban dos problemas importantes en las comunidades marginadas, a saber:

- 1) La existencia de muchas madres solteras o viudas como producto de la violencia. Estas mujeres necesitan trabajar durante el día para sostener a la familia mientras los niños permanecen solos en la casa o con vecinos. La principal educación que recibían

era a través de la televisión, debido a que no existían suficientes escuelas en esta zona. De esta forma los menores aprendían muchos símbolos de violencia, los cuales los padres no podían controlar.

En cuanto a esta problemática, hay un acuerdo entre varias teorías psicosociales que afirman que para muchos niños el aprendizaje social de la violencia es asimilado fácilmente en su vida diaria. Como bien lo plantea Fisas, la cultura de la violencia ha sido propagada especialmente por los medios masivos de comunicación. La televisión populariza y comercializa la violencia y muchos comportamientos negativos para las relaciones humanas, por lo que hay que combatir estas formas de violencia que se propagan rápidamente en la juventud (Fisas, 2002, p. 60).

2) Numerosas mujeres son objeto de violencia doméstica. Ellas tienen experiencias de violencia diferentes a las de los hombres. Los hombres experimentan la violencia directa proveniente de los grupos de delincuencia común, paramilitares y guerrilla, a los cuales pertenece la mayoría de los perpetradores de crímenes violentos y participan más en la violencia interpersonal directa. Si bien algunas mujeres experimentan esta última modalidad de violencia a través de su familia, ellas también son victimizadas como mujeres. Con frecuencia sufren la impotencia de no poder aislar a sus familias de la violencia directa y deben cuidar a sus niños cuando sus esposos están involucrados en tales conflictos. Las mujeres que logran independizarse económicamente de estas relaciones para hacerse cargo de sus familias afrontan un costo alto que es el de asumir largas y agotadoras jornadas de trabajo en fábricas y en su hogar, este es el único medio que tienen para satisfacer las necesidades básicas de la familia.

Muchos investigadores han analizado que la violencia contra las mujeres es universal y constante (Moser y Clark, 2001, pp. 7-39). Tal violencia es manifestada en muchos casos de forma directa, como en el caso de las lesiones personales y la violación. Esto demuestra la prevalencia de la violencia estructural e institucional, en la medida en que existen leyes que deshumanizan y tratan a las mujeres como mercancías y sistemas económicos que explotan el trabajo de las mismas (Reardon, 1993, p. 50). Por su parte José Tuvilla Rayo (2004a) plantea en su tesis que *la cultura de la paz* que:

Debe iniciarse por deslegitimar todas las conductas sociales que glorifican, identifican, idealizan o naturalizan el uso de la violencia, comenzando por cambiar los modelos de socialización que vehiculan y mantienen las desigualdades que padecen las mujeres. Sin esto es imposible comenzar a construir una cultura basada en la participación y en la equidad (Tuvilla Rayo, 2004a, p. 56).

En el caso específico de Colombia, se piensa que los niveles de violencia familiar son más altos que los que se reportan oficialmente, ya que no se denuncia a su debido

tiempo. Así lo demuestra el estudio realizado por Profamilia<sup>4</sup>, ellos afirman que la violencia intrafamiliar es frecuente en Bogotá. Por su parte, en la Encuesta Nacional de Demografía y salud del año 2005 se aseguró que únicamente se denuncia en el 25% de los casos, los demás se quedan en casa. En muchos casos las mujeres no denuncian la violencia de que son víctimas –ellas o sus hijos– debido a que no confían en los servicios de las agencias del gobierno para la solución de esta clase de conflictos. Arguyen que tales servicios no son eficientes y que la situación en el interior de la familia no cambiará (Profamilia, 2000, p. 8).

La Secretaría de Integración Social de Bogotá estableció que 77% de las víctimas son mujeres, y que las formas de violencia más habituales en el 2006 fueron la violencia psicológica –con 57%– y la violencia física con 33%. Para el año 2006, 54% de las denuncias de violencia intrafamiliar estuvieron relacionadas con problemas de comunicación, además de relaciones conflictivas, infidelidad, celos y disputas (Profamilia, 2007, pp. 1, 12).

Del mismo modo, aparecen niveles de violencia contra los niños: entre enero y agosto de 2008 se produjeron 520 muertes y, en promedio, cada día dos familias tienen que afrontar esta tragedia. Por lo general el agresor es un familiar, en algunas ocasiones los padres y, en su mayoría, los compañeros de las madres solteras o de las separadas (Veloza Cano, 2009, pp. 1-2). En esta misma dirección se ha analizado que 80% de los niños van a la guerra por voluntad y su principal causa es la violencia familiar (*El Tiempo*, 2011, p. 3).

Afortunadamente cada vez hay más conciencia tanto a nivel nacional como internacional de la importancia de desarrollar programas que ayuden a este tipo de población vulnerable. Por ejemplo, el fondo español del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo decidió donar al ‘Programa integral contra la violencia de género de la consejería presidencial para la equidad de la mujer’, siete millones de dólares después de conocer las cifras de abuso contra las mujeres en Colombia, las cuales fueron reportadas por entidades del Estado y dadas a conocer en la prensa en el 2008 (*El Tiempo*, 2008g, pp. 1-2), dichas cifras son las siguientes:

Medicina Legal atiende a diario 120 denuncias de mujeres maltratadas por sus compañeros y, en promedio, cada dos horas hay tres casos de violencia sexual contra una mujer y 60% de las víctimas son niñas entre los 5 y 14 años.

El Departamento Administrativo de Seguridad DAS dice que entre 45.000 y 55.000 mujeres colombianas son víctimas de la trata de personas y son explotadas en el exterior. Acción Social afirma que 70.2 % de la población desplazada son mujeres y niñas.

---

4 Entidad privada y sin ánimo de lucro que contribuye a mejorar la salud sexual y reproductiva de las mujeres y hombres adultos, jóvenes y adolescentes del país y simultáneamente, desarrolla programas sociales para la población más pobre, vulnerable y marginada.

Los siete millones se invertirán en una estrategia nacional para disminuir los índices de violencia sexual y de pareja contra la mujer, esencialmente en tres ejes: prevención, atención y mejoramiento del marco jurídico que reglamenta las normas de amparo para la mujer, además, en una campaña de comunicación masiva con mensajes que promueven el respeto a la mujer.

Por otro lado, en el periodo comprendido entre 1991 y 2006, ha aumentado la violencia debido al enfrentamiento entre el Estado y la guerrilla, y el desarrollo de una política de guerra contra las drogas (Bello Montes, 2008, pp. 79-82). Sin embargo, aunque este panorama parece un poco desalentador, el mismo autor afirma que en el 2006 la tasa descendió a 38 homicidios por cada 100.000 habitantes, debido al desarrollo del programa de política integral y seguridad democrática (Bello Montes, 2008, pp. 79-82). Frente a estos datos estadísticos no hay unanimidad, ya que otro estudio realizado por un grupo de investigadores de la Universidad Nacional de Colombia, que lleva varios años analizando cifras de violencia de acuerdo a información proveniente de las entidades como Medicina Legal, la Policía Nacional y el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), anota que en Colombia, para el 2007, la tasa de homicidios ascendió a 37 por cada 100 mil habitantes, 2.6 veces más que la tasa mundial (14 por cada 100 mil habitantes), (Páez Torres, 2008, p. 7). Vale la pena anotar que estos resultados estadísticos en el país siguen siendo altos si se compara con otros países de Latinoamérica que han vivido condiciones políticas y socio-económicas similares a las de Colombia.

Por otro lado, el país subió cinco puestos en el *Índice de Desarrollo Humano de Naciones Unidas* para el 2009. Ahora se encuentra en el puesto 77 de una lista de 182 naciones y en el grupo del Alto Desarrollo Humano (UNDP, 2009, p. 144). Para esta posición jugaron un papel importante los avances en la educación y la salud (*El Tiempo*, 2009c, pp. 1-10).

A pesar de que en las páginas anteriores se han analizado diferentes clases de violencia directa, la cual hace parte de la violencia estructural, es importante hacer reflexiones críticas sobre los orígenes de esta última en cada cultura (Marquardt, 2009d, pp. 25-66) en particular, en un país como Colombia en donde tiene un sentido vital para encontrar estrategias proactivas que redunden en una nueva *cultura de paz*. En pocas palabras, queda claro hasta aquí que estas estructuras sociopolíticas de violencia están generando en la población local y mundial, más opresión económica, menos garantías de salud, tanto física como mental de los individuos, al igual que insatisfacción de sus necesidades básicas. Asimismo Fisas, profesor e investigador en el tema de *cultura de paz* de la Universidad Autónoma de Barcelona, anota que dicha violencia estructural es la que más afecta a la sociedad, corrompiendo las estructuras económicas y sociales: la injusticia, la desigualdad, la exclusión, la pobreza, la represión, la opresión y la alienación, son formas indirectas que matan al pueblo (Fisas, 2002, pp. 67-69).

Lo preocupante en el caso colombiano es que en la cultura se encuentran inmersos varios antónimos de la paz. Está bien que, en un principio, la desigualdad económica pueda explicar los orígenes de la violencia, pero una vez se avanza en mejorar esta desigualdad, no necesariamente desaparece la violencia. Pareciera que las personas han aprendido tanto este *modus vivendi*, que la violencia de cada día se convierte en un común denominador de las relaciones interpersonales. Esta teoría está siendo confirmada por las cifras de agresión anteriormente expuestas.

Al analizar toda esta información aparecen muchas preguntas, a saber: ¿qué se puede hacer? ¿Cómo es posible vivir en paz bajo tales circunstancias? ¿Cómo se puede comenzar a trabajar en busca de la paz y con quién, o quiénes?, y la pregunta más importante: ¿Cuál es el futuro de las nuevas generaciones? Son muchos los sentimientos negativos que emergen cuando el lector intenta responder a tales inquietudes. Similares son los sentimientos y temores que surgen en los individuos que viven estos problemas día tras día. Sin embargo, y a pesar de que casi todas las estadísticas parezcan ir en contravía del logro de la paz en Colombia, son muchos más los ciudadanos que desean un cambio y aspiran a un futuro mejor. Esta esperanza es el gran motor que quiere guiar esta investigación tomando como lucero la teoría de la *educación para la paz*.

Debido a que en Colombia las condiciones distan mucho de ser las ideales, es necesario promover muchos proyectos de manera simultánea y en diversas áreas con un objetivo claro: lograr la paz. Esto significa que el resultado no será a corto plazo pero, si se logra comprometer a varias organizaciones en torno a aspiraciones de paz, el resultado podría ser más positivo y alentador a largo plazo.

Un grupo importante con quien se debe trabajar es el de los alcaldes y los líderes comunitarios de los diferentes municipios. Estas personas han tenido demasiados problemas de seguridad, dado que los grupos violentos son una constante amenaza para ellos. Estos grupos violentos buscan interferir en sus trabajos y adquirir más poder en algunas áreas.

En el año 2000, la autora tuvo la oportunidad de trabajar en un proyecto sobre Fortalecimiento de la Gestión Local y Formación de la Sociedad Civil liderada por la Universidad EAFIT de Medellín (Sánchez Cardona y Duque, 2000). En este proyecto se desarrollaron muchos temas de paz como: la transformación de conflictos, *cultura de la paz*, reconciliación, tolerancia, comunicación y asertividad, trabajo en equipo, solidaridad, entre otros. Se capacitó a 120 personas entre las cuales había alcaldes e importantes líderes comunitarios de 25 municipios. La idea principal de uno de los módulos de este programa era que cada líder pudiera entender que la paz no es solo un sueño, que sí es posible vivir en mejores condiciones. De igual manera, se promovió la necesidad de hacer realidad este sueño en el presente y una forma de iniciar este proyecto era aplicar las teorías de paz en cada municipio con el propósito de ir tejiendo el futuro de una *cultura de la paz* en la sociedad en general.



En la primera parte del seminario se les solicitó a los participantes escribir su definición de paz. Muchos dijeron que paz es resolver el problema con la guerrilla, o con los paramilitares, grupos a los cuales ellos culpan como responsables de la ausencia de paz en el país. Estos líderes tuvieron gran dificultad para comprender que cada uno tiene un papel importante en la ejecución de esta clase de proyectos en su pueblo y comunidad. Un fenómeno parecido se encontró en el año 2007 en un grupo de 22 profesores y profesoras de una escuela distrital de Bogotá, a quienes se les preguntó qué es necesario para que haya paz en Colombia. El 64% de ellos dieron un valor importante a la justicia social, la equidad, disminución en la corrupción de los gobiernos, cumplimiento de la constitución política, entre otros. Algunos apartes textuales de sus pensamientos son: “[...] Que haya más empleo, menos burocracia, se necesita un estado equitativo, justo que no se robe la plata del pobre. Que todos tengamos las mismas oportunidades [...] que se acabe la corrupción política”.

Estos resultados podrían estar ratificando una vez más los elementos de violencia estructural que existen en el país. Sin embargo, también denotan una ausencia de compromiso personal en la consecución de la Paz. De esta forma se conformaría un círculo paradigmático en el que no hay una salida clara. Como se cree que las estructuras sociopolíticas son las responsables de la paz y estas no cumplen su papel, entonces, el tema de la paz es imposible de realizar y yo no tengo mucha responsabilidad en él. Esta tesis es significativa porque el grupo de personas está conformado por líderes políticos y/o sociales, que al presentar dichas creencias acerca de la paz, pueden obstaculizar la gestión de proyectos de vital importancia, en cada uno de los escenarios donde se desempeñan laboralmente. Al respecto podría mencionarse la opinión de Vicent Fisas, catedrático sobre paz y Derechos Humanos de la Universidad Autónoma de Barcelona, para quien la violencia se ha constituido como cultura al ser aceptada por la sociedad e interiorizada y sacralizada por los seres humanos (Fisas, 2002, p. 60).

En la segunda parte del seminario, se les solicitó a los participantes escribir la historia de la paz de sus respectivos municipios en el transcurso de los últimos diez años. En esta actividad la mayoría de ellos tuvieron grandes inconvenientes para recordar los aspectos positivos, prefirieron comenzar a describir la historia en términos de la guerra. Esto pudiera estar simbolizando que se necesita crear nuevas herramientas metodológicas para estimular más las memorias positivas de la paz en la gente, para ir restándole protagonismo a la violencia.

Con relación a este tema se pueden señalar las investigaciones sobre historia de la paz de Francisco Muñoz y Mario López, profesores del Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada, quienes plantean que existe cierta dificultad para reconocer la paz en el pasado. Una de las razones de este fenómeno obedece a que este no ha sido el centro de atención de las investigaciones, de igual forma han existido altos niveles de todo tipo de violencia y se han sobredimensionado dichos fenómenos en la historia (Muñoz y López, 2004, p. 49). Los autores expresan que

el deseo de los investigadores de paz es “descubrir y resaltar muchos ejemplos de *Paz silenciosa* o parcialmente silenciada [...] la Paz nos ha dejado unos claros signos de su existencia en palabras, ideogramas e imágenes, que se han ido transmitiendo culturalmente” (Muñoz y López, 2004, p. 47). En suma, esta clase de pensamientos negativos frente a la paz de ciertos grupos de personas en Colombia, se convierten en un gran obstáculo para imaginar un mejor futuro. Normalmente, ellos siguen la siguiente lógica: como el pasado fue violento, en el futuro no existirán muchas posibilidades de convivir en paz. Quienes así piensan, parten de una premisa falsa que los conduce a una conclusión igualmente falsa, desalentadora y paralizadora.

Estudios más recientes de Francisco Muñoz y Beatriz Molina Rueda, investigadores del Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada, plantean otras miradas más positivas que podrían ayudar a construir caminos viables de paz, donde se reconoce también un pasado de paz. Ellos lo exponen así:

[...] creemos que la mayor parte de la historia de la humanidad ha sido dirigida por la Paz, por la Cultura de Paz. Igualmente, al ser promovida como un medio de gestión de la conflictividad, y particularmente como antídoto de la violencia, la Cultura de Paz es rápidamente aceptada, lo que se convierte en una gran ventaja (Muñoz y Molina, 2010, p. 10).

En esta misma línea de investigación, Vicent Martínez Guzmán (2005) contribuye a romper con los pensamientos de resignación frente al fenómeno de la violencia ofreciendo nuevas luces para alcanzar la paz. Habla de un cambio epistemológico en el que la cuestión no sea aprender sobre la paz sino trabajar para hacer las paces, es decir, reconstruir lo que nos hacemos entre seres humanos asumiéndolo con la debida responsabilidad. De este giro epistemológico surgen tres subversiones (Martínez Guzmán, 2005, p. 63):

- a) Oposición total a aquellos que piensan que la paz no es posible, pues siempre habrá la posibilidad de pedir cuentas por lo que hacemos, aún habrán bastantes maneras de actuar, incluyendo las violentas y las pacíficas (Martínez Guzmán, 2005, p. 65).
- b) Oposición a aquellos que afirman que los estudios para la paz son simple teoría, pues los temas que aborda el área son más prácticos que ningún otro (la marginación, el sufrimiento, la exclusión, etc.) (Martínez Guzmán, 2005, p. 66).
- c) Un rechazo total a aquellos que afirman que la paz es solo para héroes o santos, ya que los estudios de paz son desarrollados para las personas comunes y corrientes, de esta manera en las relaciones humanas, a veces se puede sentir odio o excluir, pero también se tiene la capacidad de amar y acoger a los otros (Martínez Guzmán, 2005, p. 66).

Estos planteamientos ayudan a vislumbrar un camino de paz en sociedades altamente penetradas por las estructuras violentas y dejan una puerta abierta a la educación

para la paz como una forma de imaginar y crear culturas más dignas y armónicas. Esta opción es una entre las tantas que se pueden desarrollar como un valioso aporte a la *cultura de paz* que necesita Colombia. Es a través de ella que se logra estimular, aprender y potenciar las virtudes de paz entre las personas.

La educadora italiana María Montessori (1870-1952) anota dos prerrequisitos para la paz en el mundo, el primero es un ser humano transformado y mejorado y el segundo es un entorno sin limitantes para las aspiraciones del ser humano (Montessori, 2003, p. 43). En esta tesis se confirma como la *educación para la paz* juega un papel importante al jalonar las potencialidades del ser humano y de la *cultura de la paz* en la sociedad en general. En esta misma perspectiva, la investigadora Marta Burguet Arfelis plantea que: “Posiblemente la educación por sí sola no acabará nunca con las guerras ni con las causas profundas de la falta de paz y de los conflictos violentos del mundo, pero es una vía al alcance que, bien utilizada, puede ser generadora de paz” (Burguet Arfelis, 2012, p. 136).

La *cultura de la paz* pretende, en última instancia, regir las actuaciones sociales de los sujetos, orientándolos hacia la construcción de una sociedad más justa, solidaria y pluralista, con el propósito de eliminar las raíces de la violencia a través de estrategias de paz. En particular, Colombia necesita el compromiso de todos y cada uno, con el ánimo de implementar metodologías centradas en la *educación para la paz*, que logren jalonar una paz duradera y sostenible en la humanidad y que al mismo tiempo sirvan para contrarrestar los grandes efectos de la violencia estructural, que se acaban de plantear en este capítulo. Esta tesis desarrollada a largo plazo, podría contribuir enormemente en este primer desafío que tiene la *educación para la paz* en este país.

A continuación se expondrá como segundo desafío, una reflexión sobre la supuesta naturaleza violenta del ser humano, tema que ha sido razón de gran preocupación e indagación en muchas áreas del conocimiento en el mundo. En el caso de Colombia es lamentable encontrar en las profundidades del pensamiento de muchas personas, una fijación según la cual la condición humana agresiva está presente en varios escenarios del país.

### *Segundo desafío: desaprender el comportamiento agresivo*

El comportamiento agresivo en las personas es un tema investigado desde diferentes perspectivas y en los estudios de la paz cobra especial interés ya que tiene una relación directa con la violencia y la guerra. Sin embargo, la teoría de la paz desea apuntar directamente a deslegitimar la idea de que la violencia se encuentra en los genes humanos, pues como lo expresa Irene Comins Mingol (2003), investigadora y profesora de la Universidad Jaume I, la agresividad y la violencia “están tan arraigadas en las relaciones humanas que parece que no tienen remedio” (Comins Mingol, 2003,

p. 44). No obstante, los investigadores de la paz tienen la firme convicción de que sí es posible construir un mundo donde predomine una paz duradera. Al respecto se ha realizado un sinnúmero de trabajos científicos con el objetivo de desvirtuar la falsa creencia de que el ser humano es violento por naturaleza y corroborar que existen muchas opciones de generar comportamientos pacíficos en la humanidad (Comins Mingol, 2003; Martínez Guzmán, 2005; Adams, 1994; Fry, 2006).

Los seres humanos tenemos efectivamente la posibilidad y las competencias para actuar agresivamente, pero también tenemos la capacidad para actuar cooperativamente, con amabilidad y consideración por los otros. Sin embargo, generalmente olvidamos esta segunda capacidad y enfatizamos la inevitabilidad de la agresión (Comins Mingol, 2008b, p. 67).

Aceptar la premisa de que la guerra y la agresión forman parte de la “naturaleza humana” es muy peligroso, ya que se estaría justificando la guerra y el ser humano disminuiría su motivación para comportarse de manera pacífica, de este modo dicho pensamiento podría actuar como un principio de verdad que guía las acciones, dado que si la guerra está “en los genes”, no quedarían muchas opciones para actuar de manera diferente. Esta visión de la violencia generaría pensamientos de comodidad y pasividad, lo cual puede por un lado, disminuir la motivación y energía para cambiar las cosas y, por otro, podría atenuar la culpabilidad de quienes se comportan agresivamente, lo cual estimularía la aparición de conductas violentas, ya que no habría un costo psicológico por actuar de esta forma.

Las teorías biológicas que arguyen que el comportamiento agresivo es innato en los individuos son fatalistas y apoyan una perspectiva pesimista de la condición humana. Del mismo modo, proporcionan la excusa perfecta para mantener y perpetuar la violencia en diferentes niveles sociales.

En el caso particular de la cultura colombiana es muy común que algunos creen que el individuo es agresivo por naturaleza y que no puede cambiar, debido a que la violencia se encuentra por doquier: en las familias, las calles y los sistemas políticos, entre otros. Esta forma de pensar conduce a desarrollar una filosofía de vida de la desesperanza frente a la paz, lo cual justifica la agresión del ser humano. Algunos lo expresan así: “es que estamos en Colombia donde es muy difícil que las cosas cambien, porque aquí todo puede pasar”; sin embargo, la tesis que plantea Vicent Martínez Guzmán contribuye a entender dicho fenómeno de manera más positiva al proponer de una manera realista que:

Podemos decir que estamos unidos para odiarnos, marginarnos, excluirnos y hacernos la guerra; pero también para querernos, integrarnos o crear instituciones de justicia, democracia o derecho internacional que regulen por medios pacíficos la transformación pacífica de los conflictos que tenemos cuando chocamos (Martínez Guzmán, 2004, p. 4).

En varias ocasiones impartir esta teoría de la paz tiene su grado de dificultad en grupos universitarios, ya que algunos estudiantes intentan justificar la agresión como una forma de entender la paz. A manera de ejemplo, una estudiante muy inteligente de la universidad, en un curso sobre Cultura Política de la Paz que se impartía en el 2010, intentaba legitimar la violencia en su historia como precondition para entender actualmente la paz, se expresaba de esta forma: “Profe, si no hubiera tenido este pasado tan violento y conflictivo en mi vida, estoy segura que no podría entender y aportar ahora a la paz en mi país”. Asimismo, en estos escenarios se hacían reflexiones sobre las temáticas de la paz, cuestionando porque aún no se ha cambiado esta cultura guerrera, característica de la Edad Media (Marquardt, 2009a, pp. 15-50). Una de las conclusiones a las que se llegó indicaba que en las escuelas colombianas todavía se imparte la historia de las guerras en el área de Ciencias Sociales, lo cual parece conducir a los estudiantes a sentir de una u otra forma, alguna simpatía por los grandes héroes de la historia, factor que podría estar prolongando la legitimidad de la filosofía del guerrero. Esta situación no es tan marcada en países como Alemania y Suiza donde se vivieron dos guerras mundiales: han aprendido que perpetuar esta forma de pensar no contribuye a conseguir sociedades pacíficas. Algunas personas en este país esperan pacientemente que la violencia estructural cambie, pero existe una ausencia de conciencia frente al compromiso individual en la transformación de los problemas sociales.

Xesús Jares propone que la agresividad forma parte de la conducta humana y es un elemento fundamental e imprescindible para la supervivencia, actúa como fuerza para la autoafirmación física y psíquica del individuo, a diferencia de las formas de violencia que no están predisuestas genéticamente, sino que son resultado de los procesos culturales de socialización (Jares, 2002, p. 84; 2001, pp. 36-43). Sin embargo, esta investigación no coincide integralmente con esta teoría, en particular en lo relativo a la necesidad de la agresividad para la supervivencia. En esta dirección se prefiere seguir los lineamientos de la psicología cognitiva que caracterizan la agresión como la intención de hacer daño, por consiguiente, no se interpreta como positiva, ya que este propósito en sí mismo podría potencialmente lesionar a otros y a uno mismo: una conducta agresiva es la intención de lesionar u ocasionar daño de forma física o verbal, directa o indirecta a una persona, quien por ese hecho, es convertida en víctima (Cava y Musitu, 2002, p. 20).

Asimismo, la emoción de la agresión en la mayoría de los casos, se encuentra antecedida por las emociones de la ira y la hostilidad y podría pensarse en la ira como una emoción positiva de carácter primario que le permite al ser humano defenderse de amenazas reales (en el pensamiento de Jares, sería la agresividad), lo contrario ocurre con la emoción de la agresión, injustificable desde una perspectiva pacífica. Walter Riso, psicoterapeuta especializado en terapia cognitiva, define la agresión como “la ira dirigida a violar los derechos de los otros [...] la violencia es la filosofía que respalda y sustenta un estilo agresivo generalizado” (Riso, 2007a, p. 112). Para los

psicólogos argentinos Jorge Iacovella y Marisa Troglia, el término agresión se utiliza para “aludir a la conducta o conductas destructivas o punitivas dirigidas hacia otras personas u objetos” (Iacovella y Troglia, 2003, p. 55). De igual forma, plantean que existe una relación directa entre la ira, la hostilidad y la agresión, proceso que como todas las emociones, se presenta de la siguiente forma:

Se inicia con la evaluación (cognición) de un estímulo (percepción) que realiza un sujeto con un determinado estado afectivo (afecto), si el estímulo es procesado como un candidato a desencadenar la emoción de ira, entonces la persona experimentará dicha emoción. Así se activa fisiológicamente, se produce una cierta disposición actitudinal hostil (cognición) y se activan tendencias a la acción que eventualmente darán lugar a una forma de afrontamiento, la agresión (Iacovella y Troglia, 2003, p. 56).

Estas teorías sostienen que la emoción de la agresión es la consecuencia de un proceso cognitivo que ocurre en situaciones vividas o percibidas por el sujeto, lo cual indica que la interpretación de la situación que activa el sentimiento de la ira puede ser alterada y la ira puede ser controlada, por lo tanto, dicha emoción no es aprendida ni genéticamente programada. Nuevos estudios de investigadores de la Universidad Complutense de Madrid afirman que las emociones de la ira y la hostilidad pueden ser factores vulnerables que ayudan a desencadenar la aparición de la emoción de la agresión, a su turno mediada por procesos mentales que incitan dichos comportamientos (Sanz et al., 2006, pp. 153-157).

El presente trabajo de investigación está de acuerdo con este enfoque psicológico del fenómeno de la agresión, pues permite apreciar sus elementos cognitivos estimulando así la idea según la cual es posible cambiar la ruta de la violencia a través de intervenciones psicológicas con el individuo, intervenciones que apunten a cambiar las interpretaciones de las realidades que experimenta en la vida diaria, lo cual conduce a aumentar un compromiso personal con la *cultura de la paz*. De igual forma permite ver, cómo el individuo tiene la capacidad interior de aprender formas pacíficas de conducta que generen felicidad y convivencia armónica en cada experiencia de vida; al respecto coincido con Vicent Martínez Guzmán cuando afirma:

Incluso aunque se descubriera en nuestro código genético o en una determinada parte del cerebro el substrato fisiológico de la conducta violenta, también sabemos que somos capaces de otros tipos de conducta, y son estos los que habrían de constituir el objeto de la investigación para la Paz, desde nuestra perspectiva filosófica (Martínez Guzmán, 2005, p. 91).

Investigaciones antropológicas de Margaret Mead (2003) señalan que, en algunas culturas, la agresión y la competencia no son realmente las respuestas predominantes o aceptadas. Esta evidencia puede indicar que la competencia y agresividad no son instintos básicos de los seres humanos (Roach, 1993, pp. 1-7); del mismo modo la guerra tampoco es una necesidad biológica (Martínez Guzmán, 2001, p. 143).

El argumento según el cual las personas están biológica o genéticamente programadas para la guerra fue radicalmente rechazado por un grupo de prominentes biólogos y científicos sociales que participaron en un congreso internacional de investigaciones sobre la agresión, llevado a cabo en 1986. En dicho foro se acogió un documento ampliamente divulgado, conocido como la Declaración de Sevilla sobre la violencia (The Seville Statement on Violence) (Adams, 1994, pp. 65-67), posteriormente adaptado por la UNESCO en 1989 (Martínez Guzmán, 2005, pp. 85-104). Entre sus conclusiones incluye:

- a) Es científicamente incorrecto afirmar que hemos heredado de nuestros ancestros, los animales, una tendencia a hacer la guerra.
- b) Es científicamente incorrecto afirmar que la guerra o cualquier otro comportamiento violento está genéticamente programado en nuestra naturaleza humana.
- c) Es científicamente incorrecto afirmar que en el curso de la evolución humana haya existido una selección del comportamiento agresivo en detrimento de otras clases de comportamiento.
- d) Es científicamente incorrecto afirmar que los humanos tienen un cerebro violento.
- e) Es científicamente incorrecto decir que la guerra es un fenómeno instintivo.

Del mismo modo Vicent Martínez, agrega que “es cierto que los genes influyen en nuestra manera de actuar. Pero la cultura nos confiere la capacidad de moldear y transformar nuestra naturaleza de una generación a otra, y esto nos hace responsables” (Martínez Guzmán, 2005, p. 94). En esta misma dirección, el investigador Johan Galtung agrega que cuando se interpreta mal la naturaleza de las cosas, la violencia parece normal o natural, olvidando que el ser humano es un ser equilibrado para quien la violencia y la *noviolencia* están en un mismo nivel y tiene la opción de escoger entre ellas (Galtung, 2003, pp. 165-170). En otras palabras Burguet Arfelis dice: “Esa libertad será o no educable, podrá revertir en clave pacífica o belicosa, pero en todo caso la opción libre, sea de pensar, hacer, querer, decir, sentir, está en el sustrato del ser humano” (Burguet Arfelis, 2012, p. 136).

Los aportes de los grupos de investigación en estudios de paz de la Universidad Jaume I y la Universidad de Granada en España están avanzando de manera seria en el desarrollo de estudios cuyo objetivo fundamental es dar luces en este escenario de la paz, a veces oscuro y sin muchas salidas.

Nosotros los pacifistas somos los genuinos realistas, porque reconocemos que tenemos competencias o capacidades para transformar nuestros conflictos, promoviendo todo tipo de violencia, pero también tenemos competencias para afrontarlos por medios pacíficos, y siempre podemos pedirnos cuentas

por cómo nos hacemos, decimos y callamos las cosas. La filosofía para hacer las paces será la reconstrucción normativa de las competencias humanas para hacernos las cosas de manera pacífica, en las múltiples maneras en que los seres humanos individualmente e insertos en diferentes culturas sabemos hacer las paces (Martínez Guzmán, 2004, p. 4).

Las anteriores teorías han apoyado esta investigación a lo largo de su desarrollo, pues se cree firmemente que los individuos, a pesar de haber tenido algunas experiencias de violencia en sus historias de vida, tienen la capacidad para hacer las cosas cada vez mejor. Se reconoce que en las historias de vida han existido un sinnúmero de vivencias de paz que han sido silenciadas por tratarse de hechos cotidianos. Al respecto se quieren mencionar las investigaciones de los historiadores de la paz Francisco Muñoz y Mario López (2004, pp. 42-65) de la Universidad de Granada.

A pesar de que al comenzar este capítulo se planteó la existencia de diferentes factores de índole social, política y económica que están obstaculizando la convivencia armónica en la ciudadanía colombiana, parece que dichos factores no son suficientes para dar explicaciones satisfactorias del fenómeno de violencia, por ello, ahora se considerarán algunos análisis del campo de la psicología social con el ánimo de tener una mayor claridad sobre este fenómeno. A partir de estos análisis se intentará exponer cómo se aprende y/o se mantiene el comportamiento agresivo en las personas.

### *Etiología del comportamiento agresivo*

#### El aprendizaje por medio de modelos

La teoría del aprendizaje por medio de modelos fue propuesta por el psicólogo Albert Bandura (1973; 1977), que afirmó que una parte importante del aprendizaje humano se da por el proceso de aprendizaje observacional, el cual se produce al prestar atención al comportamiento de otra persona llamada modelo. Bandura y sus colaboradores “demostraron en forma dramática la capacidad de los modelos para estimular el aprendizaje” (Feldman, 2005, p. 203; Rabbie, 1993, pp. 85-108). Esta teoría es relevante para el presente apartado, ya que se busca analizar específicamente cómo el comportamiento agresivo se puede aprender, en gran medida, en el entorno social:

Aggression is very much influenced by the socialization process that almost all youngsters encounter in the home, among family members, with peers, in school and in religious groups as a natural part of growing up and becoming



familiar with society norms. The form that aggression takes, the situations in which it is demonstrated is largely determined by social experience. The socialization process is instrumental in determining the context in which aggression is permitted and the targets that are permissible for individuals occupying particular roles in society. Aggression, like other behaviors, can be learned through direct experience or by observing the behavior of others (Cashman, 1993, p. 33).

Siguiendo esta teoría, en una gran mayoría de casos el modelo de agresividad tiene una influencia negativa en el comportamiento social de los individuos. Esta tesis es también compartida por el investigador del comportamiento agresivo Hendrie Weisinger (1990) quien propone que el proceso de observar a otras personas enseña qué hacer y cómo hacerlo, pero desafortunadamente los modelos que adoptamos no siempre son los mejores (Weisinger, 1990, p. 28); por ejemplo, si hay en la familia personas que habitualmente exhiben agresión, los niños que están expuestos frecuentemente a este tipo de estímulos negativos, pueden muy fácilmente aprender a emitir este comportamiento. Dicha teoría es compartida también por José Tuvilla que considera que la violencia muy probablemente se aprende o interioriza en medios violentos, es decir, las personas expuestas a estímulos violentos serán propensas a reaccionar violentamente en determinadas situaciones (Tuvilla Rayo, 2004a, p. 238). En el trabajo psicológico con familias en Colombia, es muy común encontrar que algunos padres suelen comportarse de manera agresiva con sus hijos y la expresión de sentimientos afectivos no es muy frecuente en sus relaciones familiares. Al abordar el tema con ellos, manifiestan no estar conscientes de la forma en que sus acciones reproducen modelos negativos que sus hijos imitarán e igualmente arguyen que ellos mismos han sido educados de esta forma, lo que consideran correcto. Piensan igualmente que si son suaves y muy afectuosos con sus hijos, aquellos no acatarán las normas que se desean. Como se puede deducir, los padres a su vez han aprendido los comportamientos sociales a través de modelos en sus hogares y actualmente, continúan reproduciendo equivalentes estilos de educación en sus familias.

Vale la pena aclarar que se han encontrado algunos casos –aunque menos frecuentes– en que la persona, a pesar de tener modelos de agresión en la familia, no actúa de la misma forma en situaciones similares, ya que analiza dicha experiencia como poco placentera y no desea volver a vivirla. Por ejemplo, algunos individuos afirman que no desean repetir el comportamiento negativo de sus familias o amigos debido a que quieren romper el círculo de violencia para las futuras generaciones. Esta clase de análisis positivo de experiencias de agresión, por lo general, proviene de individuos que han estudiado el tema más a fondo y han logrado, a través de estas actividades intelectuales, asimilar la influencia negativa de los modelos en sus vidas o han tenido la oportunidad de asistir a programas de índole espiritual o desarrollo humano en algún momento de sus vidas.

La teoría del aprendizaje basado en modelos plantea que se puede aprender la violencia en otros contextos sociales (barrio, escuela, etc.) y por otros medios, no necesariamente asociados a experiencias directas de violencia, sino a través del consumo de información emitida por medios masivos de comunicación. En la última década los programas de televisión dirigidos a los niños, tienen cada vez un contenido más violento, donde se aprende que usando la violencia los buenos vencen a los malos y en ocasiones los que la utilizan para resolver situaciones de la vida cotidiana no solo no reciben castigo, sino que son aplaudidos y alabados mayoritariamente, por tanto, la violencia se convierte en el modelo a seguir (Meza Sánchez, 2002, pp. 214-215).

Los efectos de los programas de TV en la reproducción de formas de violencia se exacerban en los juegos de guerra. Muchos de los personajes de tales programas y juegos, tienen nombres e historias de vida completas, que tienden a ser muy reales para los niños, que aún tienen dificultades para separar la fantasía de la realidad (Hostetler, 1996, p. 201).

Particularmente en Colombia durante los últimos dos años, ha existido una sobredosis de telenovelas con títulos tales como *El Capo*, *Sin tetas no hay paraíso*, *Las muñecas de la mafia*, *Rosario Tijeras* y *Pablo Escobar, el patrón del mal*, que son emitidas de lunes a viernes y cuyos contenidos corresponden a historias verdaderas sobre narcotráfico y paramilitarismo que vive el país. En ellas se resaltan modelos violentos que consiguieron fama, dinero y poder con sus actos ilícitos. La socióloga colombiana Ángela Marulanda Gómez anota que en las novelas y los noticieros se produce un culto a la belleza física, al poderío de la riqueza y se admira la deshonestidad: “los niños están aprendiendo cómo comportarse y qué es lo más importante en la vida a través de lo que les modelan los ídolos de la televisión” (Marulanda Gómez, 2004, p. 159). La autora expresa que “la desconfianza y el miedo a nuestros semejantes, sembrados por la continua presentación de historias de la más cruda violencia y maldad, ha adormecido la compasión y la solidaridad humana del corazón de nuestros hijos” (Marulanda Gómez, 2004, p. 160).

Los estudios psicológicos del comportamiento humano han demostrado que también se aprende por medio de imágenes y palabra, por consiguiente, la *educación para la paz* hace un llamado de atención para que se analice el fenómeno de modelado simbólico como un origen de la violencia que proviene principalmente de los medios de comunicación, especialmente de la televisión (Seminario Galego, 2005, p. 146).

Se podría concluir que a través de estos medios de comunicación, algunas sociedades estimulan la agresividad desde la temprana infancia. Como lo plantea el psicólogo social estadounidense David Barash, “los hombres no solamente aprenden cuándo es mejor luchar y cuándo no luchar, contra quién luchar y con quién negociar, cómo luchar y cómo no hacerlo, sino que también aprenden a quién, cuándo y cómo odiar” (Barash, 1991, p. 148).

Se ha observado en muchos casos, que los niños al permanecer muchas horas de descanso viendo televisión, imitan actitudes negativas allí transmitidas. Este problema se explica en parte por el hecho de que los padres de familia, al trabajar durante largas jornadas, comparten poco tiempo con sus hijos. Además, en la gran mayoría de los hogares colombianos de todas las clases socioeconómicas, existe como mínimo un televisor, que con frecuencia está instalado en las habitaciones de los niños (Marquardt, 2009b, pp. 229-230). Este fenómeno facilita el acceso a estas telenovelas donde se aprende a resolver los conflictos usando la violencia, pues no existe la compañía de una persona mayor con quien los niños puedan analizar la información que están recibiendo. Del mismo modo, se puede crear el riesgo de una *habituación* a la violencia como un fenómeno normal e inevitable, de igual forma podría llevar a la pérdida de empatía y sensibilidad por las víctimas de la violencia, con ocasión de la repetida exposición a los contenidos negativos de los medios de comunicación (Díaz Aguado, 2002, p. 65). Varios expertos coinciden en afirmar que los altos grados de violencia en los medios masivos de comunicación hace a los espectadores más susceptibles a actuar de forma agresiva (Feldman, 2005, p. 205). El citado autor plantea que “una dosis continua de agresividad puede desensibilizarnos ante la violencia y, así, lo que antes tal vez nos hubiese repelido, nos produce ahora escasa respuesta emocional” (Feldman, 2005, p. 205).

Los medios de comunicación, en particular la televisión, conforman un importante ámbito de socialización de gran trascendencia para la formación de modelos de convivencia, pero lamentablemente sus contenidos son muy negativos al fomentar valores sexistas, competitivos e insolidarios (Jares, 2006, p. 18). Los medios de comunicación pueden tener una poderosa influencia en el desarrollo de sistemas de valores y en la formación del comportamiento en los niños y adolescentes, particularmente cuando aquellos no han desarrollado una actitud crítica frente a lo que resulta perjudicial de la televisión o al identificarse con ciertos tipos de personalidad, bien sea victimista o agresiva (Meza Sánchez, 2002, p. 210). Por lo anterior, se ha propuesto que una manera de controlar las altas dosis de televisión en los niños y jóvenes, es promoviendo una actitud reflexiva y crítica respecto a la violencia que emiten, lo cual implica el análisis de la información que están recibiendo a diario (Díaz Aguado, 2002, p. 65). En suma, los programas cargados de violencia pueden influir negativamente en los futuros comportamientos de los niños y jóvenes si no son adecuadamente supervisados por los adultos.

### El aprendizaje por medio del premio o el castigo

Uno de los desarrollos más importantes de la psicología social consiste en un giro teórico frente al fenómeno del aprendizaje, conocido como condicionamiento

operante. La idea básica de esta teoría es que el comportamiento de los seres humanos está influenciado por las consecuencias individuales que obtienen de los actos realizados, “porque la manera de comportarnos opera sobre el entorno o sobre otra persona, conduciendo a unos resultados específicos: producimos una respuesta y luego vemos sus consecuencias” (Weisinger, 1990, p. 29). De este modo, cuando ciertos comportamientos son reforzados a través de la obtención de beneficios, aumenta la probabilidad de que el individuo repita el comportamiento previo (Goldstein y Keller, 1991, p. 97) y si aquellos son castigados o sancionados, es probable que no se repitan. Los psicólogos Alice Pope, Susan McHale y Edward Craighead (1996) plantean que existe una gran probabilidad de que la conducta disminuya si a ella le sigue –de manera consecuente– un castigo emitido por otra persona, especialmente si esta tiene cierto nivel de liderazgo, por ejemplo, padres, profesores o amigos (Pope, McHale, Craighead y Martínez, 1996, p. 19).

Para los psicólogos Arnold Goldstein y Harold Keller esto obedece a que cuando los resultados de las acciones no conducen a obtener un premio o refuerzo, se deja de actuar o se empieza a responder de manera diferente. Los mismos autores afirman que existen muchas clases de reforzadores entre los que se pueden mencionar los tangibles, que son bienes u objetos deseables que se presentan luego de la ejecución de la conducta, y los de índole social, que se expresan la mayoría de las veces en forma de atención o elogio y tienen un gran poder de motivación. Los reforzadores de actividad son aquellos que la persona escoge después de haber emitido el comportamiento (Goldstein y Keller, 1991, p. 96). A modo de resumen se podría plantear que la obtención de algún beneficio social en contraprestación a las actuaciones de agresividad favorece su mantenimiento y la probabilidad de su prevalencia en el futuro.

### La teoría de la reacción ante la frustración

La teoría de la reacción ante la frustración propone una hipótesis según la cual la agresión en el ser humano nace de la frustración que se experimenta en la vida. Analizar este fenómeno podría clarificar una vez más los orígenes de la agresividad individual. Esta presunción ha sido propuesta por los investigadores John Dollard y Miller (1950) que sostienen que una conducta o manifestación de hostilidad es antecedida por algún tipo de frustración, de esta manera la frustración supondrá una probabilidad de conducir, de alguna forma, a la agresión. En 1989 el psicólogo Leonard Berkowitz de la Universidad de Michigan propuso una variación de dicha teoría al decir que la reacción a la agresión no depende necesariamente de la frustración como tal, sino más bien de un conjunto de estímulos diversos con la capacidad de generar malestar

o desagrado en el individuo, el cual ocasiona hostilidad o agresión y eleva los niveles de excitación en las personas durante estas experiencias. Lo anterior implica una variedad de reacciones motoras que activan diferentes pensamientos, recuerdos y respuestas psicológicas relacionadas con la ira y la agresión (Carnagey y Craig, 2003, p. 89; Coon, 2005, p. 712).

De igual forma, se podría decir que el sentimiento de frustración tiene la capacidad de generar o favorecer otras emociones negativas tales como la ira y el odio y estos estados emocionales, cuando ocurren en presencia de situaciones de amenaza, producirían la agresión (Trujillo, González-Cabrera, León, Valenzuela y Moyano, 2006, p. 278). Sin embargo, es importante precisar que los procesos de interpretación que el individuo despliega frente a estas situaciones desempeñan un papel muy importante a la hora de emitir la conducta agresiva. El desarrollo de este fenómeno ha sido estudiado de una manera muy especial por la psicología cognitiva, cuyo principal pionero fue el psicólogo Aaron Beck (1979; 1974). De acuerdo con la teoría cognitiva, una persona que posea una tolerancia más baja a la frustración, también presentará muchas ideas irracionales que apoyen sus percepciones erróneas de la realidad y que se manifestarán cuando no hay una correspondencia entre aquellas y el esquema de valores del individuo. En este caso, resulta más difícil transformar cualquier conflicto y aparecerá con más frecuencia el comportamiento violento (Ellis y Grieger, 1990, p. 146).

El nivel de frustración hace referencia a la capacidad para tolerar los fracasos en la vida. En la experiencia con grupos de familias colombianas frente al manejo de los conflictos, se ha observado que cuando las personas poseen un alto nivel de resistencia a la frustración, son más cooperativas, tolerantes y logran comunicarse mejor con el grupo. Lo anterior puede significar que aquellas personas pueden sobrellevar más estímulos agresivos en su vida, sin que esto suponga necesariamente un problema para la convivencia. Cuando el nivel de tolerancia a la frustración es bajo, las personas tienden a comportarse de manera defensiva en los eventos de transformación de los conflictos grupales.

### Influencia de la autoestima en la conducta agresiva

Es importante aclarar que el presente tema se desarrollará de una manera más detallada en el capítulo III de la tercera parte del libro, sin embargo, en este apartado se explorarán las posibles relaciones entre la autoestima y la aparición de la conducta de agresividad. Frente a dicha conexión se han desarrollado dos tesis, una que plantea que no necesariamente una alta autoestima disminuye el fenómeno de la agresividad. En particular, se puede mencionar la investigación de un grupo de psicólogos de la

Universidad de Virginia, que plantean que una elevada autoestima podría conducir a una visión equivocada de sí mismo, dando como resultado actitudes de arrogancia, superioridad y dominancia. Dicho fenómeno podría propiciar la aparición de conductas de agresividad (Baumeister, Boden y Smart, 1996, p. 5).

La segunda tesis propone, por el contrario, que los sujetos con alta autoestima responden con menos agresión a las provocaciones que los sujetos con baja autoestima (Green y Murray, 1973; Rosenbaum y Stanners, 1961). El investigador Xesus Jares comparte la tesis de que el afecto es imprescindible en la humanización del ser, su ausencia durante los primeros años de vida lleva a conductas destructivas, de las cuales surgen la agresividad y los comportamientos violentos, por consiguiente, es trascendental resaltarlo en procesos educativos (Jares, 2001, pp. 41-42). Estudios más recientes encontraron que si en la familia se promueve una comunicación afectuosa, se favorece la autoestima de los adolescentes, convirtiéndose en un factor preventivo de las conductas delictivas (Jiménez, Murgui, Estévez y Musitu, 2007, pp. 481-483).

*Love begets love. One cannot love others without having been loved. There appears to be a close relationship between love and health. If children are not adequately loved and accepted, their growth is stifled. They show signs of insecurity, fears, hostility, and inadequacies in learning, behaving and becoming responsible. They suffer deprivation and even severe pathology and violence can result (Cannon, 1996, p. 67).*

Es importante plantear que una discusión relevante en la relación entre el fenómeno del autoestima y la agresión, es la puntuación en la escala con que se mide la variable autoestima; de manera que una adecuada puntuación en dicha dimensión, favorece el control emocional del individuo ante los estímulos percibidos como violentos, mientras que los extremos alto y bajo de la escala, no favorecerían el autocontrol del individuo.

Otras investigaciones sobre el tema proponen que existe una relación estrecha entre la ira y la baja autoestima, lo cual favorece el déficit en el sistema autoevaluativo de los individuos, alimentando la ira y propiciando el comportamiento agresivo (Boyd y Grieger, 1990, p. 174). Esta teoría se ha comprobado en la intervención en temas de paz, realizada en Colombia con grupos familiares y líderes sindicales, en quienes se ha observado una mayor tolerancia ante estímulos de agresión y violencia una vez que han sido entrenados en habilidades de autocontrol emocional. Del mismo modo, se ha encontrado que las personas que mejoran la confianza en sí mismas, logran mantener la calma frente a los conflictos y disminuyen las conductas impulsivas, especialmente cuando alguien trata de ofenderlas. Asimismo, se reduce la interpretación errada sobre la realidad, lo cual favorece la transformación de los conflictos, tanto en escenarios familiares como sociales.

A modo de resumen, se puede plantear que las teorías de la psicología social anteriormente planteadas, apuntan a considerar algunas variables de índole social

e individual que explicarían cómo se aprenden y mantienen los comportamientos agresivos en el ser humano. A partir de estos razonamientos se deja un espacio bastante amplio para guiar posibles intervenciones psicosociales en el aprendizaje de la paz, en diferentes escenarios. Del mismo modo, estas teorías quieren confirmar tal como se planteó en el segundo desafío, que el ser humano tiene la posibilidad de potenciar comportamientos de paz por medio de procesos del aprendizaje individual y social.

A continuación se quiere analizar el tercer y último desafío que Colombia debería afrontar: legitimar y favorecer la paz en el interior de la cultura. Se planteará que la *educación para la paz* es una de las formas que facilita dicha tarea, ya que través de sus planteamientos se promueve la investigación, reflexión y acción de diferentes actores sociales, en pro de la implementación de estrategias integrales tendientes a reflexionar y comprometer a diferentes instituciones sociales en el quehacer de la paz en dicho país.

### *Tercer desafío: legitimar y favorecer la paz en la cultura colombiana*

Uno de los inconvenientes que surgen en la acreditación de la *educación para la paz*, es la carencia de un marco socio-político crítico que exponga la violencia estructural y proponga un entendimiento de los educandos como sujetos activos y comunicadores que conforman la base del cambio social para las futuras instituciones (Burns, 1996, pp. 120-126). El pedagogo brasileño Paulo Freire plantea que en las escuelas se dan discursos sin profundidad que revelan la ausencia de una permeabilidad de la conciencia crítica. Al mismo tiempo, plantea que cuanto más crítico es el grupo humano, más democrático; de este modo el individuo adquiere un conocimiento reflexivo de la realidad, que le permite participar activamente en la solución de los problemas de cada sociedad (Freire, 2005d, pp. 90-91).

De modo específico, se debe proponer una transformación de la realidad colombiana a través de la reflexión y la acción, donde se planteen cambios adecuados a la estructura social del país, encaminados a investigar las razones que están impidiendo a una gran mayoría de seres humanos de este territorio, el disfrute pleno de una vida digna cimentada en la paz, la justicia y la equidad. En esta dirección es donde la *educación para la paz* cumple un papel importante como una acción socio-política concreta que debe hacer parte del proceso de desarrollo del país. Burns y Aspeslagh (1996) proponen que la pretensión de legitimidad de la *educación para la paz*, como parte esencial de la búsqueda de convivencias pacíficas, debe tomar en cuenta los cuestionamientos más amplios de los paradigmas del conocimiento. En particular, hay necesidad de dirigir la mirada a las perspectivas de las interrelaciones

entre investigación y acción, y entre el contexto y el proceso. Del mismo modo, es importante analizar el papel de la educación dentro de las realidades sociales, culturales y políticas, e interpretar los respectivos problemas en dichos contextos, con el ánimo de implementar estrategias que logren cambiar los orígenes de la violencia estructural (Burns y Aspeslagh, 1996, pp. 120-126).

En esta misma línea de investigación se encuentran los aportes de Alfonso Fernández Herrería (2000), quien plantea que la *educación para la paz* debe ser necesariamente y ante todo educación en la paz, ya que si no hay acción formadora de actitudes, tampoco habrá transformación, acción para la paz y nos quedamos en educación sobre la paz, lo cual es necesario pero no suficiente. Este tipo de conocimiento podría ser ambiguo, ya que no necesariamente lleva a una acción pacífica, puede incluso llevar a más violencia. Dicha tesis se puede constatar en algunos grupos de poder que conocen muy bien la situación del mundo en sus más variados aspectos y utilizan ese conocimiento para sus propios intereses. Para que haya *educación para la paz*, como asignatura del *currículum*, tiene que haber investigación, reflexión, conocimiento, pero también acción formadora (de actitudes) y transformadora para la paz. De esta forma sí tendríamos *educación en paz* y no solo sobre paz. Por consiguiente, la investigación y la acción estarán unidas en y con el trabajo sobre las actitudes, es decir, con la formación personal en el campo integral de la *educación para la paz* como materia curricular (Fernández Herrería, 2000, pp. 122-123).

La educación juega un papel muy importante y crucial en la construcción de la cultura de Paz, porque no solo contribuye con informaciones y conocimientos, sino que desarrolla habilidades, competencias y destrezas para la interiorización, apropiación y permanente afianzamiento de la vivencia y práctica cotidiana de los nuevos valores, actitudes y comportamientos (Manjarrés y Molano, 2001, p. 35).

La interrelación de la investigación para la paz, la *educación para la paz* y la acción para la paz, puede ser vista desde un aspecto integral de la búsqueda de la paz, la cual presumiblemente es una tarea comúnmente compartida por los tres grupos involucrados: investigadores, educadores y activistas.

Peace education can be seen to present a particular formulation of the interrelationships between research and action as parts of one problem, the search for knowledge and its application to and base in the real world of acting, knowing, valuing individuals and groups. It is also a formulation of the interrelationships between peace and education, which emphasises the process rather than the contents (Burns y Aspeslagh, 1996, p. 120).

La *educación para la paz* es el eje central que debe ser promovido en cada uno de los países que deseen una paz sostenible, la cual debe garantizar un futuro más humano, justo y digno a todos los individuos. Este proyecto educativo es un intento



valioso que busca responder a los problemas del conflicto y la violencia, a escalas que pueden ir desde lo global y nacional hasta lo local y personal. Lo anterior será posible únicamente cuando esta enseñanza se convierta en parte integrante de una *cultura de la paz*. Es por esto que, en el caso específico de Colombia, se hace necesario involucrar cada vez más a los padres y madres de familia, a las empresas tanto públicas como privadas, a las instituciones educativas, a los organismos gubernamentales y líderes políticos, con el fin de promover la realización del aprendizaje para la paz en todos los escenarios de vida. Cabría, entonces, retomar el pensamiento de Montessori cuando señalaba que la enseñanza de la paz no se limita solo a las escuelas, sino que es una labor que convoca a toda la humanidad, cuyo objetivo principal es reformar al individuo, permitiendo el desarrollo de su personalidad y la conciencia de su misión como ser humano en el mundo (Montessori, 2003, pp. 49-50).

También es vital en dicha educación la combinación propiamente dicha de la acción para la paz, entendida como el incremento de la atención y diseminación de la formación para la paz en el mundo, cada vez que emerge un pensamiento pacífico en nosotros. El movimiento por la paz tendrá que acudir al uso de buenas estrategias para promover la concientización de más individuos acerca de cómo desarrollar sentimientos positivos sobre la paz. En esta dirección debe plantear críticas con respecto al hecho de que no es posible lograr cambios duraderos, ofreciendo únicamente nuevos conocimientos, sino que también los comportamientos y las actitudes de los individuos deben ser positivamente influenciados. Uno de los tantos retos que tienen los educadores de la paz, es el de desarrollar diferentes programas de formación para diversos grupos, donde se integren metodologías de psicología, pedagogía, antropología, entre otras disciplinas, en pro de avalar la paz en la sociedad en general.

Frente a esta situación, se deduce que el trabajo por la paz en países como Colombia necesita ser promovido en todos los niveles sociales, a fin de desarrollar una población más crítica que esté en capacidad de luchar contra la violencia estructural y los esquemas de pensamiento negativos sobre la paz que estén obstaculizando dicha realización. De la misma forma, las empresas colombianas necesitan involucrarse de manera más directa en los procesos de paz; de lo contrario, el desarrollo social se alejará cada vez más de los planteamientos que proponen los estudios de paz. Específicamente, las empresas necesitan responsabilizarse más, tanto en el desarrollo de programas sociales como en sus propias organizaciones. En el año 2000<sup>5</sup> empresas como Ecopetrol realizaron formación en temas de paz con algunos de sus trabajadores y sus familias, logrando resultados positivos tanto al interior de la empresa como a nivel social.

---

5 Esta información fue obtenida por la autora por medio de los procesos de retroalimentación suministrados por el vicepresidente de talento humano de esta época. Adicionalmente, la autora lo confirmó a través de las asesorías individuales que realizó con los grupos de formación en paz que ella dirigió en la empresa en este año.

El investigador Jares apoya la tesis según la cual el sector económico debe involucrarse con la paz, ya que la tarea de construir una sociedad pacífica, justa y no violenta, no puede ser delegada únicamente a la educación y a la investigación. Si bien estos dos ámbitos son sumamente importantes, su labor no tendría eco de no tener el apoyo de la política, la economía y los medios de comunicación (Jares, 2006, pp. 82-83).

De la experiencia personal de la autora en consultoría sobre el tema de la prevención de la violencia empresarial realizada en el periodo de 1994-2000 en las ciudades de Medellín, Bogotá, Barrancabermeja y Orito en el departamento de Putumayo, se deriva que las compañías necesitan ser incluidas en muchos y diversos programas de desarrollo humano con énfasis en paz. De igual manera, estos actores deberían entender que los resultados no pueden medirse únicamente en términos económicos, sino en términos de calidad de vida de los trabajadores y sus familias. Asimismo, es fundamental romper el círculo de consumismo que han abanderado las teorías neoliberales al incitar un mayor volumen de producción de mercancías, lo cual en últimas, deteriora las relaciones familiares. Ahora se observa con más frecuencia, que el mejor *hobby* de los niños es comprar y que los padres han reforzado directa o indirectamente esta mentalidad. Ante las protestas de la familia por las largas ausencias de muchos padres en sus hogares, aquellos suelen justificarse de la siguiente manera: “hijo, si trabajo más, tendré más dinero para comprar lo que tú quieres”. Ello podría estar incitando y legitimando un consumismo ilimitado, fenómeno que también se ha visto motivado por la aparición de horarios extendidos (hasta las 10 p. m.) en los centros comerciales y supermercados, como estrategia para captar más clientes, dejando así a los padres sin muchas alternativas de esparcimiento con sus hijos.

Para la geógrafa Inmaculada Mercado Alonso, experta en educación ambiental, existe un tipo de contaminación aún más peligrosa que la del aire o el agua: la contaminación de las mentes. Por ejemplo, la publicidad se encarga de dirigir en muchas ocasiones, los deseos y valores de las personas, obligándolas a pensar de una determinada forma y a actuar de manera irreflexiva. Este fenómeno publicitario crea falsas necesidades que deberán ser satisfechas y que, desde luego, no están elevando los niveles de felicidad de los individuos (Mercado Alonso, 1994, p. 59). La autora continúa diciendo que la contaminación mental se convierte en “un nuevo factor que contribuye a fortalecer la crisis global, añadiendo infelicidad individual y colectiva, estrés, insatisfacción, pérdida de referentes culturales, cosificación de la persona, desigualdades manifiestas, etcétera” (Mercado Alonso, 1994, p. 59).

Cabe destacar que cuando se desarrollan programas de formación en temas de paz al interior de las empresas públicas, por ejemplo, talleres con contenidos de transformación de conflictos, *noviolencia*, tolerancia y manejo de emociones con el personal directivo, los trabajadores y sus familias, la *cultura de la paz* en la empresa puede llegar a ser una realidad y afectar directamente el desarrollo social y económico

de la sociedad colombiana. Todas las compañías, en todos los sectores de la industria y en todos los países, cumplen un papel importante en la construcción de sociedades pacíficas y prósperas. La investigadora Jane Nelson, en el tema de economía y paz, plantea que los diferentes agentes del sector privado pueden contribuir a la paz de diversas maneras y con distintos niveles de intensidad, por ejemplo, a través de la protección del medio ambiente, la generación de empleo, el apoyo a la cohesión social y el respeto de los derechos humanos, entre otros (Nelson, 2002, p. 272).

Del mismo modo, también es necesario que la *educación para la paz* en Colombia involucre tantos adultos como sea posible, ya que sin esta población no sería factible obtener resultados positivos frente a la difusión de la *cultura de la paz*. Vale la pena aclarar que cuando se trabaja con personas adultas, es fundamental tener en cuenta el reconocimiento de las diferentes prioridades que tiene cada grupo en determinadas circunstancias y en diferentes regiones del país. Por ejemplo, en algunas poblaciones de Colombia, existen problemas asociados a la presencia de grupos violentos (guerrilla, paramilitares y narcotráfico), mientras que otras poblaciones están más afectadas por la violencia familiar. De igual forma, se presenta el caso de grupos que están sufriendo, de manera simultánea, problemas de violencia estructural y personal.

En suma, este panorama confirma una vez más la importancia de empoderar la paz a través de la *educación para la paz*, tanto a nivel individual como institucional. En la misma dirección lo plantea el doctor en sociología Desiderio de Paz Abril, investigador sobre el tema en las escuelas españolas: “mediante la educación, puede potenciarse racionalmente a los individuos para que se transformen ellos mismos y al mundo social en el que viven, con criterios de la racionalidad, libertad y justicia” (Paz Abril, 2007, p. 22). Este planteamiento es trascendental en un mundo donde las distintas variables de la crisis social, no solo están presentes en algunos países de Latinoamérica, sino que desbordan límites continentales. Por consiguiente, debe hacerse un trabajo mancomunado a nivel mundial en el que se desarrolle la teoría de la paz teniendo en cuenta los problemas específicos de cada país como Colombia, pero con una mirada y responsabilidad mundial.

